



SANTA ISABEL DE HUNGRIA, CURANDO LOS TIÑOSOS.

Copia de un cuadro de Murillo, que existe en la Real Academia de San Fernando.

25 de Marzo de 1830.

TOMO VIII. 7

SANTA ISABEL DE HUNGRIA.

En 1206 Hermando, landgrave de Thuringia y de Hesse, conde palatino de Saxe, convocó á su castillo de Wartburg los seis poetas mas celebrados de Alemania convenidos en entregarse á un certámen literario ante el príncipe y su corte, al cual debía asistir el verdugo con la cuerda en las manos dispuesto á ejercer su oficio en el acto con aquellos cuyos cantos fuesen juzgados inferiores al del vencedor ó vencedores. El landgrave aceptó y presidió esta competencia singular, á la que concurrió un crecido número de señores, damas y caballeros, competencia que demuestra cuan en poco tenían aquellos hombres la vida respecto de la sed de gloria. Los entusiasmados rivales cantaron sucesivamente los misterios de la religion, el poder del arrepentimiento, el imperio de la cruz y la escelsa gloria de María, nueve veces mas bella que la misericordia, mas bella que el mismo sol. Estos cantos coleccionados y conocidos con el titulo de *Guerra de Wartburg*, constituyen hoy aun una de las flores mas lozanas de la literatura germánica. Las composiciones son tan armoniosas é inspiradas, que muy lejos de aborcar á ninguno de sus autores fueron altamente aplaudidos y aclamados todos acreedores al triunfo. Sin embargo el duque difirió la decision hasta el año siguiente en otro nuevo certámen, anunciando la pronunciaria el célebre Klingsohr, trovador del rey de Hungria.

Este gran maestro en siete artes liberales fué exacto á la cita acudiendo en Eisenach á casa de Enrique Hellgref, en cuyo jardin recibió por la tarde numerosas visitas de señores y particulares.

—Poeta, le dijeron sus admiradores, vos que leéis en los astros y en las almas, en el presente y el porvenir, anunciadnos algo nuevo.

Klingsohr alzó los ojos al cielo, contempló el firmamento y respondió:

—Voy á anunciaros una grata y funesta noticia. Diviso una estrella resplandeciente fija sobre Hungria que derrama su luz en Marburgo y de Marburgo al mundo todo. Es una hija que ha nacido esta noche misma á mi señor el rey de Hungria; se llamará Isabel, será esposa del hijo de vuestro landgrave de Thuringia y asombrará al mundo por la santidad de su vida (1). De este modo se anunció á la cristiandad por los poetas populares, que los antiguos llamaban *vates* (adivinos) el nacimiento de Isabel. Al escuchar tal predicción prorumpieron en gritos de alegría y fueron al dia siguiente á participar al duque Hermando la profecía de Klingsohr. Este apenas la oyó montó á caballo y vino con toda su corte en busca del poeta conduciéndole despues triunfalmente á su castillo donde los nobles le trataron como señor y los sacerdotes como obispo. Concurrió á la mesa ducal, asistió al nuevo certámen de los poetas y declaró que ninguno merecia la cuerda, no obstante que habia ganado la corona contra sus nobles riva-

les el simple particular Enrique Ofterdingen. En esta época no se desconocian los privilegios del talento.

En efecto, habia dado á luz una hija Gertrudis de Merania, esposa de Andrés II rey de Hungria, y recibido el nombre de Isabel. Su nacimiento fué prenda de paz para su patria; su infancia anunció las virtudes de su juventud; las primeras palabras que murmuraron sus labios fueron de oraciones, y los primeros ademanes para convocar los pobres á su derredor.

El landgrave Hermando que experimentaba sumo placer con estas nuevas, resolvió verificar la predicción de Klingsohr, para lo que envió una embajada solicitando la mano de Isabel para su hijo. Supadre no solo la concedió sino que consintió la traslacion á Thuringia de la nueva desposada que contaba solo cuatro años.

En Wartburg como en Presburgo crecia su santidad á la par que su belleza. Cuando jugaba con sus compañeras de infancia empleaba mil ardides para llevarlas á la iglesia, y si por acaso hallaban cerrada la puerta, daba el ejemplo para hacerlas besar la cerradura con respeto. Otras veces las dirigia al cementerio y arrodillándose ante las sepulturas decia: «No olvidemos que á nuestra vez no seremos mas que polvo; estas gentes han estado vivos como nosotras y ahora son muertos como nosotras lo seremos. Roguemos á Dios por la purificación de sus almas y la salvacion de las nuestras.»

Tales eran, dice el poeta Ruteboeuf, sus recreos y sus juegos.

Sus amiguitas la respetaban estraordinariamente por que creian ver al niño Jesus que descendia á saludarla y acariciarla; mas ella las reprendia se atreviesen á pronunciar tales blasfemias.

A medida que se desarrollaba su entendimiento se desarrollaban tambien en su corazon los instintos de humildad: fiel á los preceptos del Evangelio, preferia el pueblo á la nobleza; los pobres á los ricos; los pequeños á los grandes. Esta modestia le grangeaba el menosprecio de su nueva familia, sobre todo el de su suegra, herida por este concepto en lo mas vivo de su orgullo.

El dia de la fiesta de la Ascension dijo la duquesa Sofia: «Vamos á ver la ofrenda de frutos y granos de la misa de los caballeros teutónicos; ponéos para esta ceremonia el vestido mas suntuoso y la corona de oro.» Isabel obedeció, pero apenas se consideró ante Cristo coronado de espinas, arrancó la diadema de su frente declarando no queria que su corona fuese irrisión de la del Salvador.

Con esta conducta se ganó el odio de su suegra, que la condenó el de toda la corte. Setrató de encerrarla en un convento á fin de romper los lazos del hijo del landgrave, pero el duque Luis, aunque muy jóven, permaneció fiel á sus compromisos y digno de la que debía ser su esposa; no regresaba de ningun viage sin traerla un recuerdo y una fineza. Una vez solamente olvidó este deber; Gautier de Varila á quien Isabel manifestó su sentimiento é inquietud los participó al príncipe, que exclamó: «Yo abandonar á Isabel. ¿Veis el Inselberg, montaña la mas alta de Thuringia? Pues si desde la base á la cúspide fuese de oro, la daria por los tesoros que encierra el corazon de mi desposada.»

Poco tiempo despues se efectuó el enlace. Luis contaba apenas veinte años; Isabel trece. Con este motivo cesaron ya las faltas de atencion; el amor del esposo reconquistó á la esposa el respeto de todos.

Luis de Thuringia no tenia mas rival en Europa que San

(1) Nosotros con Mr. Montalembert de cuya *histoire de Santa Isabel de Hungria* tomamos estos apuntes, no creemos que la astrologia fuese en efecto el móvil de esta profecía; pero como él, debemos atenernos á referir esta tradicion ascendida en toda Alemania al estado de historia.

Luis tocante á dulzura, sabiduría y piedad, al mismo tiempo que estaba dotado de una fuerza y valor sobrenatural. Demabá con su mirada los leones, no tenía quien le igualase en los sangrientos ejercicios de la caza y de la guerra, y sin embargo para con su pueblo y con las damas, poseía esa noble cortesía que San Francisco de Asís llama *hermana de la caridad*.

Isabel le amaba con tanta pasión que vestía de luto en sus ausencias y no le dejaba hasta su regreso para adornarse con sus galas mas ricas.

La duquesa consagraba su vida entera á Dios y á los pobres.

Un día que tenía exausto su tesoro, arrojó á un pobre su guante adornado de pedrería. Un caballero que presencié esta escena rescató la prenda á costa de oro y le engastó en la cimera de su casco. Este talisman sagrado le hizo invencible á sus enemigos.

Otro día en medio del rigor del invierno subía las espesas cuestras de Eisenach con el manto recogido y lleno de pan, huevos y toda especie de provisiones para sus pobres. Su marido que volvía de caza la divisó, y viéndola tan fatigada se disponía á reconvenirla....

—¿Qué llevas ahí? preguntó con severidad, abriendo el manto que temblorosa Isabel oprimía contra su pecho.

El manto apareció lleno de rosas blancas y encarnadas, y una aureola luminosa ciñó la frente de la santa. El duque deslumbrado, indicó con una seña siguiera su camino despues de coger una flor del milagroso ramillete.

El sendero en que se operó este prodigio, se llama aun *Kniebrechen* (casca-rodillas). Luis hizo construir una cruz conmemorativa que ya no existe, pero el recuerdo de las rosas se perpetua en los millares de flores que embalsaman el país.

Todos los pintores y escultores católicos, han representado á Santa Isabel con rosas en el manto.

Todos los años el día de Jueves Santo congregaba los tiñosos y leprosos, lavaba sus pies, cabeza y manos y se arrojaba ante ellos como representantes de Jesucristo.

Murillo ha inmortalizado este rasgo de caridad y humildad cristiana en el cuadro que reproduce el grabado que encabeza nuestro artículo.

Descúbrese en él á la jóven y bella Isabel de Thuringia con su corona ducal, rodeada de enfermos é imbeciles, sosteniendo con sus manos el cráneo de un tiñoso, sobre el cual una de sus camareras derrama agua de un jarro.

En primer término hay un hombre vendándose una herida en una pierna y una pobre vieja que considera con admiración la tarea de la santa.

En el fondo y á la izquierda se ven las espresivas figuras de una jóven que tiene en sus manos una bandeja y una vieja que observa con atención á todos los que la rodean.

La fisonomía de la santa respira una bondad y dulzura verdaderamente angélicas.

El milagro de la corona y el manto real, no es menos popular en Alemania que el de las rosas.

En una ocasión, al cruzar el emperador por Thuringia significó su deseo de ver á Isabel, en el castillo de Wartburg. El landgrave se lo participó á su esposa, previniéndola se vistiese con las mejores galas, lo que puso en confusion su alma porque había dado á los pobres hasta su manto, sin quedarse con mas ropas que un tosco sayal. En trance tan crítico

solo tuvo fuerzas para caer arrodillada ante un crucifijo y esclamár:

—Dios mio, venid en socorro de vuestra sierva que se ha despojado de sus adornos por amor á vos.

Al punto apareció un ángel con un manto y una corona resplandeciente, con lo que asistió al festin imperial, encantando á todo el mundo y mas que á nadie al monarca, por su gracia, amabilidad y alegría.

Los monumentos de la caridad de Isabel han desaparecido. Consérvase sin embargo una fuente de agua pura y cristalina, que recoge una simple taza de piedra, sin mas adornos que las flores que nacen á su alrededor; en esta fuente era donde lavaba la duquesa la ropa de los pobres, por lo que el pueblo la llama, *la fuente de Isabel*. Rodéala una plantación de arbustos y yerbas de poca altura, circunscrita por un trozo de muro que oculta la fuente de las miradas de los transeuntes; á este recinto llaman *Jardín de Isabel*. Un poco mas apartado de este lugar hacia Oriente en un valle delicioso, se descubre una pobre choza que fué capilla en otro tiempo. En este sitio era donde Isabel congregaba los pobres, los amigos de Dios y los suyos; á este sitio bajaba tierna, solícita, infatigable, por sendas ocultas á través de los bosques, cargada de víveres y socorros para ahorrárles la subida penosa del castillo y tambien para evitar las miradas de los demas hombres; esta humilde choza se la designa aun con el nombre de *Descanso de los pobres* y todo el valle con el de *Valle de Isabel*.

Cuando el duque de Thuringia se separó de su esposa para lidiar en Palestina, tuvo el presentimiento de su muerte y cayó desmayada de dolor. Con efecto no pasó mucho sin que llegara nueva tan fatal.

Una vez viuda, sus cuñados temiendo la popularidad que había adquirido, obtuvieron del nuevo landgrave su espulsion. En su consecuencia salió del castillo con sus hijos muy pequeños, y marchó al destierro sola, á pie, y con un niño en los brazos. Todos los habitantes de Eisenach le cerraban sus puertas, porque se había amenazado con penas muy severas á cualquiera que la recibiese. Un solo posadero la dió asilo en un establo de cerdos; el lecho de estos animales inmundos sirvió á la duquesa de Thuringia, princesa de Hungría, de lecho tambien, y aun de trono, porque aprendió á reinar sobre su humillación de la que se alzó radiante de resignación y de confianza en Dios.

Errante de ciudad en ciudad y de cabaña en cabaña, sufrió todos los rigores de la venganza de un señor poderoso, la miseria, el abandono, frio y hambre.

En medio de tanta aflicción pidió su mano el emperador Federico II, pero rehusó tan distinguida honra refugiándose de convento en convento de las coronas que la perseguían.

En Erfurt dejó á la comunidad al despedirse el humilde vaso en que bebía, el cual se conserva aun; en Audechs asistió á la fundación del célebre monasterio de benedictinos y depositó en el altar su vestido de boda, último recuerdo de su gloria y felicidad, con un relicario y una crucecita de plata que había llevado siempre consigo. Las reliquias se conservan; en el vestido de la santa se guardan tres hostias milagrosas.

En 1228 obtuvo Isabel reparación completa de los crueles agravios de sus cuñados que la pidieron perdon sobre la tumba de su marido. Entró en triunfo en Wartburg y se reconocieron los derechos de sus hijos á la herencia del padre. La santa se estableció en una cabaña abandonada donde preparaba

con sus manos los alimentos que dividía con los pobres. En 1834 se conservaba aun este retiro, lo habitaba un aldeano llamado Schütz: este sitio rodeado de un jardín de rosas es aun uno de los mas deliciosos de la campiña de Marburgo.

La calumnia del mundo dió á sus virtudes el nombre de locura, y en efecto tenia la locura de la cruz. No solamente se contentaba con ser consuelo de los pobres, sino que se convertía en su sierva, porque cada uno era para ella viva imagen de Jesucristo. Aquellos que por la naturaleza de sus enfermedades inspiraban mas disgusto y repugnancia eran objeto de su mas tierna solicitud y cuidado.

Conrado, su director espiritual, la hizo á pesar suyo tomar camareras á quienes servía la santa en vez de hacerse servir; comía á la mesa con ellas y á veces hasta en su mismo plato. Una de estas, Irmingarda, la dijo un dia:

—Cuidad, señora, no escitar nuestro orgullo colocándonos tan cerca de vos.

—Tienes razon, contestó la princesa, es sobre mis rodillas, en mis brazos donde debeis sentaros; de este modo seremos verdaderas hermanas y no sentirás otro peso que el de mi ternura.

Muy á propósito nos parece citar este ejemplo hoy que la fraternidad brota de los labios de todos. Lo esencial es poseerla como Isabel en el corazón.

Instruido su padre de cuanto pasaba, vino en busca de su hija para conducirla á su lado; entró en la choza que habitaba donde la encontró con la rueca en la mano hilando lana para sus pobres; todos sus esfuerzos no consiguieron sacarla de su retiro.

Su último lazo con el mundo era el amor á sus hijos los que hacia venir de cuando en cuando para cubrirlos de besos y caricias.

Una vision anunció á Isabel el cercano fin de su existencia. Habia recogido en su casa una pobre muger enferma que cuando estuvo curada huyó del lado de su bienhechora robándole todos sus vestidos, obligándola así á permanecer abrigada en su lecho. Entonces el mismo ángel que se le apareció en otra ocasion, llegó á la cabecera y dejándola un vestido, dijo de esta suerte: «Hoy no traigo conmigo una corona, porque el mismo Dios te coronará muy pronto en su gloria.»

Poco tiempo despues, á fines de 1234, aparecieron los primeros sintomas de una enfermedad aguda, poco antes de la cual tuvo otra revelacion de Jesucristo. Al cabo de dos semanas de violenta fiebre, llamó á su confesor para que escuchara sus últimas voluntades; en cuanto á su alma de nada tema que acusarse que no hubiera lavado mil veces ya la mas sincera contricion.

—Harto sabeis, le dijo, que todo cuanto parecia de mi posesion pertenece realmente á los pobres; distribuidles cuanto dejo, excepto este gastado vestido con que deseo me entierran. Este es mi testamento.

Se le administró el Viático y la Estrema-uncion y permaneció así inmóvil y silenciosa largo rato, al cabo del cual rompió á hablar con una elocuencia y ternura que hizo arrasar de lágrimas los ojos de todos. Despues del primer canto del gallo permaneció completamente tranquila durante algunos minutos, y en seguida volvió á sus exortaciones suplicas hasta la estincion de su voz.

—Oh Maria! exclamó en tal momento, ven á mi socorro. Es llegada la hora en que llama Dios á sus amigos á sus

bodas. El esposo viene á buscar su esposa.... Despues con voz casi apagada:

—¡Callad! ¡Callad! é inclinando la cabeza como rendida por el sueño restituyó su alma.

Apenas habia cumplido veinte y cuatro años.

Los milagros mas extraordinarios se operaron despues sobre su sepultura. Su cuñado el duque Conrado que tanto la persiguió cuando viuda, se convirtió invocando su memoria, y provocó su canonizacion en Roma y en Marburgo. Pronuncióse esta canonizacion el dia de Pentecostés, 26 de mayo de 1233, por el papa Gregorio IX, que consagró por sí mismo en los dominicos de Perusa el primer altar erigido en honor de Santa Isabel. La exaltacion del cuerpo de la princesa se verificó el 1.º de mayo del año siguiente. El emperador de Alemania Federico II descalzo con hábito gris y la diadema en la frente, precedía la comitiva compuesta de todas las familias reales, representantes de todas las naciones; gran número de obispos y arzobispos, de caballeros de la orden teutónica y de mas de un millon de peregrinos. Sobre el féretro depositó el emperador como ofrenda una corona y una copa de oro macizo. Los principes y las princesas añadieron otras análogas, y á su imitacion los guerreros depositaron sus collares y sus espadas; las damas sus anillos y joyas; los prelados sus cruces y sus mitras.... todo para costear la edificacion de un gran templo dedicado á Santa Isabel.

Otras veinte iglesias se construyeron en honor suyo, lo mismo que monasterios y hospitales, viniendo á ser de esta suerte la santa, patrona de la mayor parte de las ciudades de Alemania.

Todo esto sin embargo no fué bastante á estorbar el destronamiento de sus hijos por sus enemigos. El margrave Enrique cogió á Sofia de Thuringia hija de Isabel y la hizo arrojar desde lo alto de una máquina de guerra. Cuéntase que cruzando el espacio exclamó: «La Thuringia pertenece al hijo de Brabante.» Tres veces sufrió este suplicio, y tres veces exclamó del mismo modo hasta lanzar el último suspiro á la tercera prueba.

El hijo de Sofia no conservó mas que el ducado de Hesse, cuyos destinos rigen aun los descendientes de Isabel.

LOS SIETE DURMIENTES.

LEYENDA.

En aquel tiempo, es decir, el año 249 despues de Jesucristo, Trajano Decio, recibió, bajo Filipo el Arabe, el gobierno de la Moesia. Allí sus soldados le nombraron emperador y le hicieron tomar la púrpura; pero para conservar este título le era menester disputarle á Filipo, y los dos rivales, á la cabeza de sus legiones vinieron á las manos cerca de Verona donde Filipo fué muerto. Decio quedó vencedor; el senado ratificó lo que los soldados habian hecho, el pueblo lo que quiso el senado, y Decio conservó el imperio.

No obstante, el elegido de la victoria no debía ser el elegido de Dios. Durante dos siglos y medio, habian pasado

cosas, que si no seguidamente, al menos en el porvenir, llegarían á cambiar la faz del mundo. En primer lugar, habia nacido en Belen un hombre á quien hemos dado el nombre de Salvador, de una muger que se llamaba Maria. En vano Herodes quiso envolverle en la degollacion de los inocentes; el hijo de Dios fué educado en Nazaret, y el tirano murió. Por espacio de treinta años, aquel á quien los magos habian adorado en su cuna trabajó como un oscuro artesano; despues, cuando vino Tiberio, se reveló de repente y predicó en todas las ciudades de la Judea, propagando su palabra por el mundo, como Dios esparció el maná en el desierto. Santo en sus palabras y santo en su vida, marchó tres

años levantando á los débiles, dando vista á los ciegos, resucitando á los muertos, seguido como un Salvador, escuchado como un Dios, hasta que al fin, renegado de sus discípulos, abandonado de Pedro, vendido por Judas, fué condenado como un criminal y murió como un esclavo.

Sin embargo, despues de ver martirizado á su hijo, Dios envió emperadores impios, como si despues de la semilla pudiese dejar caer sobre la tierra una nevada, que en vez de inutilizarla la fecundase. Durante algun tiempo se llenó el mundo de desórdenes y de aquellos hombres que dieron principio á la decadencia del imperio romano, sobre cuyas ruinas el Señor debia colocar el trono pontifical y la silla do-



Los siete durmientes.

su voluntad. Y todos los emperadores, cuando llegaban al imperio, se veían atacados de un vértigo, como un hombre muy débil puesto en una cima muy elevada; y midiendo la distancia que los separaba del cielo, se creían en su orgullo insensato mas cerca de los dioses que de los hombres. Entonces ellos ampliaban al Olimpo de sus pasiones, de las cuales hacían divinidades, no comprendiendo que un día por vasto que fuese sucumbiría bajo su número; y en tanto que sobre aquella cima donde se colocaban, un soplo de vértigo los volvía locos, una brisa de esperanza pasaba por debajo de ellos, que

haría germinar las semillas del Salvador. Con efecto, San Pedro habia recogido las palabras de aquel mismo á quien habia negado, y las propagaba por todas partes. Los doce elegidos marchaban por su divino sendero hasta que vino Neron, que del primer apóstol hizo el primer mártir.

Desde este momento se estableció una lucha entre el imperio y Dios, y á medida que la luz celeste se esparcía por los pueblos, se extendía al mismo tiempo la persecucion, aunque completaba la gloria de los apóstoles; pues todos aquellos hombres que llegaban diciendo: «Yo anuncio», morían esclavos.

mando: «Yo pruebo.» Por eso los hijos del Señor se aumentaban todos los días; las ciudades se despoblaban por las catacumbas, como se despoblaban por los circos; pero se renovaban incesantemente, mas fuertes y mas numerosos, se aumentaban con todos aquellos que no habían tenido hasta entonces mas que dueños crueles, y que se lanzaban con amor en esta nueva religion que les prometia un Dios justo, con todos aquellos que no habían sido sobre la tierra mas que hijos de los hombres, y que un martirio los hacia hijos del Señor; de manera que la luz de este radiante Oriente engrandecía siempre, y alumbraba ya casi la mitad del mundo. Luego, á los emperadores demasiado crueles para creer en Dios, sucedieron los emperadores demasiado débiles para creer en nada; especie de rebaño de animales que la cólera del Señor confundió, que huyeron gritando y se perdieron en las tinieblas del paganismo, al paso que las revelaciones engrandecían con la claridad de la fé.

Fácil es ver como marchaban las cosas segun los decretos de la Providencia: para que la fé saliese victoriosa fué preciso que hubiese lucha, y Dios dejó vivir todavia fuerte y poderoso al paganismo en cuatro hombres, que todos cuatro como él, tenían derecho de matar; Tiberio, Caligula, Claudio, y Neron, esto es, la lucha de los fuertes y los débiles, de los emperadores y de los esclavos: pero para que fuese igual, como ya lo hemos dicho, Dios, envió á los unos la demencia, y á los otros la fé, aunque la luz no descendía de los reyes á los pueblos, sino que se elevaba de los pueblos á los reyes; esto no era una tormenta que estalla, sino una marea que desvanecía, era evidente que llegaria un día en el que á fuerza de subir se encontraria al nivel con las cimas mas empinadas.

Ahora bien, como dijimos mas arriba, el año 249, Decio acababa de ser nombrado emperador: desde el principio de su reinado prometió ser uno de los mas rudos antagonistas de Dios. Filipo á quien habia vencido y matado defendía á los cristianos, y él, acaso por odio á su muerto enemigo, los perseguía; ademas esta persecucion se aumentaba, por su amor á la religion á los idolos que debia destruir la nueva fé, y mataba nada mas que para sostener la idolatria. Por cualquiera parte por donde pasase elevaba un templo á alguna divinidad, y como un emperador justo y un hombre piadoso, inmolaba á todo cristiano que no le adoraba.

Precedido de esta reputacion llegó á Efeso. A su llegada mandó edificar templos en medio de la ciudad á fin de que todo el mundo sacrificase con él: en seguida dispuso que buscasen á los cristianos, no dejándoles otra alternativa entre la muerte ó renegar de su Dios. El amigo renegaba de su amigo, el padre de su hijo, el hijo de su padre: el temor á la muerte era superior que el amor al Señor, y muchas frentes se humillaron delante de los idolos, las cuales el día antes habían reverenciado á su verdadero Dios. Sin embargo, no todos obedecían al emperador, y hubo entre aquellos siete hombres, ó mas bien siete elegidos, que se llamaban Maximiano, Malco, Marciano, Dionisio, Juan, Serapio, y Constantino, los que no se doblegaron á los deseos de Decio, y por eso fueron denunciados como fervientes cristianos de la ciudad. Mientras que otros acudían á estos sacrificios como á una fiesta, no habiendo conocido nunca al verdadero Dios le renegaban, y aquellos hombres, encerrados en sus casas se entregaban al rezo. «Y jamás, dijeron, sus mismos delatores al emperador, se ha visto humildad mas grande, y una fé mas sincera.»

Decio renovó sus amenazas y los siete reclusos renovaron sus piadosas oraciones. En fin, mandóles venir á su presencia y les preguntó si era cierto que fuesen cristianos y que si seguían la ley de Jesus. Ellos respondieron afirmativamente, y entonces el emperador les concedió tres días de término para que reflexionasen acerca de lo que debían hacer. Los siete personajes se retiraron con la misma piedad que habían venido, resolviendo cada uno interiormente, que su respuesta seria la misma el tercer día que el primero. Cuando llegaron á sus casas aprovecharon lo restante del día para distribuir sus bienes á los pobres, encargándoles que rogasen á Dios por todos; cuando llegó la noche estos siete hombres, cuya fé los habia reducido á la pobreza, subieron silenciosamente al monte Celion, y resolvieron permanecer allí ocultos, hasta que la voluntad de Dios decidiera que muriesen por su santa causa.

Al día siguiente, dice la leyenda, Malco bajó á la ciudad con el traje de médico, para traer á los otros el pan cotidiano, y saber si se les buscaba. Cuando volvió dijo á sus hermanos que el emperador habia partido por algun tiempo y que así podrían descansar un poco de tiempo, por lo cual dieron gracias al Señor. Pero Decio regresó y se mostró mas irritado que nunca contra ellos, cuando supo que habían desaparecido. Este mismo día que Malco habia bajado de nuevo á la ciudad, supo aquella nueva y volvió asustado para anunciarla á sus compañeros. Volvieron nuevamente á orar, no para dar gracias á Dios por que los habia salvado, sino para pedir su salvacion, y no por temor á la muerte, sino porque sus vidas podían ser útiles á la conservacion de los otros.

Malco presentó los panes que habia traído, exortándolos á tomar aquel alimento del cuerpo que fortificaria al mismo tiempo su alma, y despues que comieron y rezaron los siete se durmieron. No obstante, los paganos continuaban sus persecuciones y la cólera del emperador iba cada día mas en aumento: entonces llamó á sus parientes y los amenazó con la muerte si no revelaban lo que sabían. Estos respondieron que habían distribuido sus bienes á los pobres, que luego no se los habia vuelto á ver, y que por consiguiente no sabían dónde estaban.

Decio, imaginando que se habrían retirado á una caverna del monte Celion, hizo tapar con enormes piedras la entrada de todas las cavernas, á fin de que si estaban en alguna de ellas se presentasen por temor al hambre y á la muerte. Por último cuando se consumaron los sacrificios, cuando ya no hubo idolos á quien incensar, cuando no hubo ya cristianos á quienes hacer morir, el emperador dejó á Efeso. Despues transcurrió tiempo, durante el cual Decio y su raza desaparecieron, y durante el cual tambien, se perdieron otros nombres: bajo el reinado de este emperador muchos mártires atestiguaron su religion muriendo por ella, y San Faviano, San Alejandro, San Babilas, San Prono y San Orígenes, son cinco de los mas poderosos testigos de la fé.

Pero la lucha no debía detenerse aqui: Valerio continuó el odio hereditario, y Aurelio, aunque advertido en el instante de perseguirlos por el rayo que cayó á sus pies, publicó edictos sangrientos contra los cristianos. Vinieron en fin Diocleciano en Oriente y Domiciano en Occidente, y ambos formaron un pacto para destruir á los cristianos hasta en los últimos creyentes; pero aun cuando fueron tan poderosos, aun cuando fué tan sangriento su reinado, no pudieron

nada contra la voluntad de Dios y la religion engrandecia siempre.

Ultimamente hubo un milagro. Constantino habia triunfado de Licinio, cerca de Andrinópolis, con esta palabra: «¡Dios salvador!» Entonces el cristianismo vino á ser la religion imperial. Las doctrinas paganas; demasiado débiles ya por tres siglos de lucha, habian degenerado de repente; si habia aun algunas falsas creencias que combatir, eran las de los mismos cristianos, que como Arrio, negaban la divinidad de Jesucristo. En fin, un sosten enteramente poderoso de la fé se reveló el dia en que el emperador Teodosio subió al trono. Ahora bien, Teodosio era un hombre piadoso, cuyo primer cuidado al llegar al imperio, y viéndose enfermo, fué el de recibir el bautismo de las manos de San Ascolo, quien luchaba con todo su poder contra el arrianismo, esta heregia nacida del mismo seno de la nueva religion, pues es condicion necesaria que todo lo bello, bueno y poderoso, tenga mas detractores entre los mismos que debian ser sus fieles admiradores; pues sin negar el conjunto del cristianismo habia quien le negaba en parte, y entre otras cosas la resurreccion de los muertos. El piadoso emperador, afligido al ver atacada la fé de esta manera, vivió algunos dias retirado en su palacio derramando lágrimas y cubierto con un cilicio.

En este momento un habitante de Efeso quiso edificar sobre el monte Celion unos establos para sus rebaños; los obreros se pusieron á trabajar, y cuando quitaron las piedras que impedian la entrada donde se habian encerrado los siete mártires, salió un hombre de ella.

—El emperador nos busca para que sacrifiquemos á los ídolos, pero Dios sabe, hermanos míos, que no adoramos á nadie mas que á él, dijo Malco saliendo, que se creia despierto despues de un sueño de una noche.

El santo hombre bajó la montaña y se dirigió hácia la ciudad para comprar, como tenia costumbre, cinco panes, y para el efecto, habia tomado como antes hacia cinco sueldos.

Se quedó un poco admirado cuando vió á la puerta de la caverna aquellas piedras que no vió al entrar, pero como vió que no le inquietaban, no preguntó nada á los trabajadores, admirados al ver un hombre vivo en una caverna tapada hacia tantos años. Malco continuó, pues, bajando la montaña, dirigiéndose á la ciudad, cuyo humano ruido llegaba hasta él, al través de todas las armonías de la naturaleza, y las palabras de su rezo. Por otra parte, no era una expedicion sin peligro la de bajar así á Efeso, donde Malco pensaba todavía hallar al emperador tan irritado como el dia anterior, y el santo jóven, yendo á buscar el alimento para sus hermanos, rogaba á Dios; que si su voluntad era que muriese, fuera él la única victima.

Sin embargo, á medida que se adelantaba por Efeso, le pareció que todo, hasta el rumor de la poblacion, no era como el del dia anterior, y le pareció que la respiracion de la ciudad no estaba oprimida, sino libre y pura. Además, el dia estaba tan tranquilo, el cielo tan hermoso; todo aparecia en la naturaleza que le rodeaba, lleno de una tan perfecta serenidad, que su alma hecha á la imagen de Dios reflejaba toda esta pureza, y cada soplo que aspiraba, cada brisa que pasaba por su frente, le parecia el soplo del Señor, y como todo lo que procede del cielo, parecia traerle sino la esperanza, al menos la resignacion. En el momento que llegó á la

puerta de Efeso, vió un pastor que salia con su rebaño; mas este pastor cantaba, y no tenia ya como el dia antes, el andar triste y abatido del hombre sobre el cual pesa una voluntad poderosa. Malco se volvió y le siguió con la vista largo tiempo, preguntándose interiormente, lo que aquello podia darle á entender, cuando la vispera todos parecian abatidos y humillados: entonces pensó que seria algun pagano que sacrificaba á los falsos dioses, y que no habiendo luchado por el Señor no tenia nada que temer. Al llegar á la ciudad miró hácia delante, y vió la cruz encima de la puerta; miró en derredor suyo creyéndose el juguete de un sueño, y por todas partes donde habia visto la imagen de un ídolo, vió la del Salvador. El jóven piadoso recorrió la ciudad no comprendiendo á pesar de los milagros que Dios habia hecho, qué es lo que habia pasado en una noche que así cambiaba el aspecto de una ciudad y la creencia de todo un pueblo. Quiso hablar á los que no habia visto desde el dia antes: acercóse á la casa de un panadero, pero, no habiéndole reconocido, se encaminó á la de otro: entró y oyó á gentes que hablaban de Jesucristo.

—¿Cómo, decia, ayer ninguno se determinaba á pronunciar el nombre de Cristo, y hoy todo el mundo habla de él con tanta seguridad? Yo no estoy en Efeso.

Y habiéndose informado, le dijeron que estaban en Efeso, y quedó mas confuso todavía. Entonces dió sus cinco sueldos y pidió cinco panes, deseando reunirse á sus compañeros y anunciarles el nuevo milagro. Apenas hubo dado el dinero, cuando el panadero y los que estaban en la tienda le miraron con admiracion y aseguraron que aquel jóven habia encontrado un antiguo tesoro. Malco viéndolos hablar entre sí, se imaginó que querian llevarle á la presencia del emperador, y les suplicó que le dejaran, y se quedaran con el pan y el dinero. Pero aquellos dijeron:

—¿Quién eres tú que has encontrado un tesoro de los antiguos emperadores? Dinos donde está, le dividiremos contigo y no lo diremos.

Pero el jóven no supo que responder. Entonces aquellos hombres le echaron una cuerda al cuello y le llevaron por las calles hasta en medio de la ciudad. Y el pueblo acudió en multitud para ver aquel que se habia encontrado un tesoro. Entre todos los que le rodeaban, buscó Malco un rostro amigo, una persona conocida; pero no viéndola, pensó que la persecucion le habia dejado sin amigos. Inclino la cabeza con aspecto resignado, y se dejó conducir. San Martin, obispo de la ciudad y el gobernador, cuando supieron esto mandaron que llevaran á su presencia á aquel hombre y á los panaderos, pero sin hacerles daño alguno: cuando se vió Malco delante del obispo y del gobernador, estos le preguntaron donde habia encontrado el tesoro, y Malco respondió que no habia encontrado nada, y que aquella moneda formaba parte de su patrimonio. Interrogado de qué ciudad era, contestó:

—Yo soy de esta ciudad, si esta ciudad se llama Efeso.

El gobernador le dijo entonces.

—Nombra á tus parientes para que respondan por ti.

Y fué nombrando á sus parientes uno por uno; pero á cada nombre que pronunciaba, el gobernador volvía la cabeza con aire de incredulidad: sus parientes eran desconocidos.

—¿Cómo quieres tú, dijo el gobernador, que yo crea que posees este dinero de tus parientes, si indica la remota fe-

cha de trescientos setenta y siete años, que pertenece al emperador Decio, y no se parece á ninguna de nuestras monedas actuales? ¿Pretendes engañar á los ancianos y á los sabios de Efeso? Por lo tanto voy á mandar que te castiguen con todo el rigor de las leyes, hasta tanto que reveles el descubrimiento que has hecho.

—Yo os suplico en nombre del Señor, replicó Malco, que respondais á lo que os pregunto. ¿Que ha venido á ser del emperador Decio que estaba en esta ciudad?

—Hijo mio, ya no hay emperador de ese nombre, y el que así se llamaba ha muerto hace mucho tiempo.

—Cuanto decís me admira extraordinariamente, respondió el jóven, y no vais á creer lo que os diga. Pero seguidme, y os presentaré á mis compañeros que están en el monte Celion y los creereis á ellos. Antes de ayer huimos para librarnos de la tiranía de Decio; hemos permanecido allí todo el día de ayer; he bajado para comprar cinco panes que llevé á mis compañeros; hoy quise hacer lo mismo, pero han supuesto que me he hallado un tesoro, y me conducen delante de vosotros.

Y el obispo dijo al gobernador:

—Este es algun milagro que Dios ha querido hacer por medio de este hombre.

Y el emperador Teodosio estaba siempre en su palacio, rogando á Dios diese su luz á los ojos que no veían ya, y la fé á los corazones que tampoco creían, y como el mas humilde de sus servidores, y el mas ferviente de sus fieles, pasaba sus días ayunando y orando, y sus noches de corto sueño pero largas de rezo, no en el lecho de los reyes sino en la ceniza de los apóstoles; y el obispo y el gobernador que sabían el estado en que se hallaba Teodosio por causa de la heregia, quisieron probarle que Dios no abandonaba á los verdaderos creyentes, y que si existían apostasias, también había milagros. Partió al punto un correo que debía anunciar al emperador esta gozosa nueva que Dios acababa de revelar por un signo tan brillante, y que aquellos que negaban la resurreccion de los muertos, y que le echaban en aquella profunda tristeza, iban á ser alumbrados por la luz de la verdad, como el niño que abre por primera vez los ojos á la luz del día.

El correo llegó á Constantinopla, y se dirigió al palacio donde residía Teodosio; hallóle tendido en tierra y en actitud de un hombre que ruega, y cubierto con un saco; y habiéndole dado parte de la dichosa nueva, para la cual se le

enviaba, Teodosio terminó su oracion dando gracias al Señor. Luego partió de Constantinopla á Efeso, mas orgulloso con esta revelacion de Dios, que si hubiese ganado una victoria. Y á medida que se adelantaba los habitantes salían á su encuentro, de suerte, que cuando llegó á las puertas de la ciudad el que había partido solo como un apóstol llegó con un séquito de rey. Durante su tránsito no se oyeron mas que elogios á Dios y elogios al emperador.

En fin, cuando se reunieron todos los habitantes al pie de la montaña, Teodosio comenzó á subirla, y al mismo tiempo que se adelantaba la luz del día parecía aumentar la de la fé, y cuando se llegó á la caverna, el semblante de los santos al ver al emperador resplandeció como el sol. Entonces el emperador se arrodilló, dió gracias á Dios, abrazó á los mártires y les dijo:

—Os miro como si mirase al Señor cuando resucitó á Lázaro.

Y Maximiano, uno de los siete elegidos, respondió:

—Cree en nosotros, pues á causa de la fé nos ha resucitado Dios antes del día de la gran resurreccion, y como el niño vive nueve meses en el seno de su madre, donde vive sin sentir sufrimientos, así hemos vivido nosotros trescientos setenta años en el seno de la tierra nuestra madre comun.

Después, cuando Maximiano hubo terminado, él y los otros seis inclinaron sus cabezas, y el soplo de vida se abuyentó de ellos para volver al Señor. Entonces el emperador que en tanto había estado hablando arrodillado delante de los mártires, se inclinó mas sobre ellos y los abrazó llorando. Luego se volvió á la multitud, diciendo que se harían cajas de oro para depositarlos en ellas y conservar únicamente sus restos sagrados, y todos bajaron de la montaña alabando al Señor.

Pero durante las tinieblas, Teodosio, que adquirió la calma del día y el sueño de la noche con esta revelacion, vió á los siete mártires que se le aparecieron, diciendo que hasta entonces habían reposado en la tierra, y que los dejase en la tierra hasta que el Señor los resucitase de nuevo. El emperador obedeció; pero no pudiendo hacer ninguna caja particular, fabricó una grande de la caverna, donde durmiesen; la cubrió de piedras, aunque resplandecían como una noche sembrada de estrellas.

Y llamóse á los siete nuevos elegidos: los Siete Durmientes.

A. DUMAS.

GLORIAS DE ESPAÑA.

FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA.

I.

Había llegado la época en que los cristianos, que por algunos años habían practicado en secreto el culto de su divino redentor Jesus, empezaban á practicarle públicamente, por lo mismo que se empleaba la persecucion contra ellos, y eran frecuentes las ocasiones de dar ejemplos de virtud y

heroismo en obsequio de sus creencias. Presidentes, gobernadores y ministros enviados por los emperadores, recorrían las vastas provincias del imperio romano para sostener la sacrilega adoracion de los idolos, y para extinguir, ya que convertir no fuese posible, á todos los que tomaban el nombre de cristianos. Animado de esta misma saña y muy celoso en el cumplimiento de su impio ministerio, llegó el gobernador Emiliano á Tarragona, capital de una de las mas nobilísimas provincias de la España romana. En vano promulgó sus edictos, en vano ofreció recompensas y también fulminó ter-



ribles penas contra los inobedientes; los cristianos, muy numerosos ya en aquella ciudad, no se presentaban á ofrecer incienso en las aras de los dioses tutelares del imperio. Era que el rebaño de Jesucristo en Tarragona estaba resguardado y fortalecido en su fé por su virtuoso pastor, Fructuoso, tan puro en su fé como ardiente en su caridad, y elevado á la sublime dignidad episcopal, en aquella época de sinceridad en que solo el mérito personal influía en la eleccion. Supo el gobernador Emiliano el principal obstáculo que se oponía á

sus intentos y deseoso de extinguir en la causa sus efectos, envió á Aurelio, á Festucio, á Helfo y Polencio, cuatro hombres de toda su confianza, con órden terminante de que se apoderasen del virtuoso prelado y le trajesen á su presencia, donde, mal conocedor de la constancia de los primeros mártires, se proponía vencer de un modo ó de otro su entereza.

Los emisarios, ciertos del afecto que los cristianos tenían á su pastor, creyeron que, si no de hacer resistencia, tratarían al menos de salvarle, ocultándole á sus pesquisas, y



SAN FRUCTUOSO.



adoptaron las mayores precauciones para asegurar el resultado de su comision. Un domingo despues de los divinos oficios y de la acostumbrada salmodia, hallábase el santo prelado descansando en compañía de algunos fieles en el retiro de su modesta habitacion, cuando se presentaron con grande estrépito en la puerta los emisarios que iban á prenderle. El intento era conocido, la fuga todavia posible, pero huyendo, ¿no menoscabaría su virtud, daría mal ejemplo á sus ovejas y se alejaría de la gloria del martirio á que aspiraba? Tomada, pues, su resolucion, Fructuoso dejó llegar á los emisarios y les preguntó tranquilamente.

—¿A quién buscaís aqui?

—Venimos en busca de un cristiano, llamado Fructuoso.

—Aqui está.

—¿Quién es?

—Yo, contestó el prelado, adelantándose para ponerse en manos de sus perseguidores.

Miráronse ellos unos á otros pasmados de tanta serenidad y tanta mansedumbre y le dijeron casi con respeto:

—Traemos órden para llevarte delante del gobernador.

Aquellos hombres como que querian escusarse con su obediencia al mandato de su gefe, cuya trasgresion les podia atraer un ejemplar castigo.

—Con vosotros voy al punto; mas permitidme que me ponga mi calzado.

Otorgáronle el permiso los enviados, mientras que los afligidos cristianos que alli estaban, no desconociendo el riesgo de su venerable pastor, le rodeaban angustiados y con sus

palabras, sus lágrimas y suspiros espresaban los sentimientos y temores que los agitaban.

—¿Qué importa que yo muera? les decía el prelado. ¡Cúmplase siempre la voluntad de Dios! En todo caso, mi muerte será mi triunfo, pues confío en que mi padre celestial me esperará en el cielo.

Sus dos mas queridos discípulos, sus dos virtuosos diáconos Eulogio y Augurio, arrodillados uno á cada lado del santo prelado y estrechando entre las suyas, una de sus venerables manos, le dicen, cuando pensaba que iban á despedirse de él:

—Os suplicamos, señor, nos permitais vayamos á ofrecer en vuestra compañía el sacrificio de nuestras vidas.

Fructuoso, conociendo el entusiasmo religioso de aquellas ilustres victimas y sabedor de cuanto puede merecer su fé cristiana, les otorga su consentimiento, apretando tácitamente la mano de los dos jóvenes, mientras que lágrimas elocuentes se agolpan á sus ojos.

II.

Recibió el gobernador á los tres cristianos, sentado en su tribunal y rodeado de todos sus guardas, como quien pensaba imponer con el prestigio de su autoridad y de la fuerza que estaba á sus órdenes, á aquellos hombres tan pertinaces en su creencia.

—Sabeis, les dijo, ¿cuál es el contenido del edicto que se acaba de publicar?

—¿Qué se nos manda en él? preguntó modestamente Fructuoso.

—Los emperadores de Roma, que son los emperadores de todo el mundo, mandan que todos los súbditos de sus vastos dominios reconozcan y adoren á los verdaderos dioses del imperio.

—Yo soy cristiano, replicó Fructuoso y no reconozco mas que un solo Dios criador de cielos y tierra y de cuanto en ellos se contiene. Este solo merece el tributo de nuestra adoracion.

—Luego ¿ignorás que hay dioses?

—Lo ignoro y nunca lo creeré.

El juez, disimulando la rabia de que estaba poseido, se volvió hacia el joven Eulogio y le preguntó:

—Y tú... ¿á quién rindes adoracion? ¿Acaso á Fructuoso?

—Yo no puedo adorar á otro hombre mortal como yo: adoro sí al mismo Dios eterno y omnipotente á quien adora Fructuoso.

—¡Y yo... y yo tambien! exclamó el animoso Augurio, antes que le preguntasen.

Quiso el gobernador tantear algunos medios suaves y artificiosos para vencer la constancia de aquellos cristianos, haciéndoles grandes promesas para que sacrificasen á los ídolos, obedeciendo el edicto de los emperadores: pero todas las palabras del sagaz Emiliano no sirvieron mas que para aumentar el horror que los tres héroes tenían á una infame apostasia. Pasó luego á las amenazas; pero estas ninguna impresion hacian en quienes, seguros de la pureza de sus almas, á las que no alcanzaba el poder del tirano, para nada se cuidaban de los tormentos transitorios que su cuerpo podian aniquilar. Irritado al fin el gobernador, viendo que todos sus ineficaces recursos solo servian para manifestar la grandeza

de alma de aquellos cristianos, se dirigió de nuevo á Fructuoso y le dijo:

—¿Eres obispo?

—Lo soy, respondió sin titubear el santo prelado.

—¡Pronto dejarás de serlo! replicó el gobernador con reconcentrado furor.

En seguida mandó que los aprisionaran para conducirlos á la cárcel pública y levantándose de la silla, pronunció con voz colérica estas palabras:

—Mando que Fructuoso, Eulogio y Augurio sean quemados vivos, en castigo de su osadía y por que se resisten á adorar á nuestros dioses.

Tan bárbara sentencia en todos hizo sensacion menos en las tres victimas que la escucharon con su habitual serenidad.

III.

Si en todas las aflicciones de la vida necesitamos consuelo, algunas hay de tal naturaleza, que el que exigen ha de ser infinito y solo puede hallarse en el cielo. Nuestra alma, si es pura, rechaza todo consuelo mundano, y solo puede descansar en aquella celestial promesa hecha al infeliz, de que le está infaliblemente preparado un gran consuelo despues de un gran infortunio. Esta promesa consignada en el Evangelio, es el secreto de toda la fuerza y grandeza de los cristianos y la que comunicaba el verdadero valor moral á los primitivos mártires. Antes del Evangelio solo los sábios y los filósofos soportaban sin impaciencia las penalidades de la vida y miraban á la muerte con sereno aspecto; despues de la predicacion del Evangelio, todos pueden ser filósofos y sábios, y el menor de los cristianos menosprecia así los males como los consuelos terrestres, y es capaz de afrontar la muerte, cuando se le promete una recompensa eterna por un sufrimiento pasajero.

El conocimiento de estas divinas promesas y la seguridad de su cumplimiento, es lo que sostenia á Fructuoso y á sus compañeros en la prision. Si hasta á los mismos gentiles pareció injusta y bárbara la sentencia del gobernador, ¿qué seria á los consternados cristianos que iban á perder á su amado pastor, el varon que por sus virtudes y ejemplar conducta era el modelo y la esperanza de todos? Sin temor á sufrir la misma suerte, acudian incesantemente á la cárcel á visitarle, acompañarle y á escuchar de su boca las mas útiles y piadosas instrucciones. El en tanto, sin manifestar la mas ligera turbacion, los exortaba á que se mantuviesen constantes en la fé y cuando algunos fieles poseidos de dolor se condolian de su suerte, él exclamaba lleno de fé y de esperanza:

—Hijos: ¡bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

Con estas palabras del divino maestro, daba á conocer cuales eran sus sentimientos y reanimaba el corazon de los que le escuchaban, dispuestos á mantenerse constantes en la fé y á despreciar, á imitacion de su santo prelado, los tormentos transitorios que por ella pudieran padecer. Como le hiciesen presente el desamparo en que quedaba su grey y la imposibilidad de reparar su pérdida, el santo contestó como inspirado:

—Os pronostico que jamás os faltará pastor católico que mire por vosotros.

En seguida, mostrando la cruz que consigo llevaba, continuo:

—Vosotros todos, los pobres, los desgraciados, los que padeceis por la justa causa, reunios al pie de la Cruz. En este signo divino hallareis el remedio y el consuelo; él os asegura una recompensa celestial por la resignacion de un solo dia.

IV.

El 24 de enero del año 262 de la era cristiana fueron los santos mártires Fructuoso, Eulogio y Augurio, conducidos al suplicio, dispuesto con imponente pompa en un anfiteatro, extramuros de la ciudad. Habia de los cristianos agitados con este suceso, mas que suficiente número para impedirle, promoviendo una sedicion: habia hombres de todas clases y con valor y resolucion para dar un paso arrojado, si este no fuera contrario á los principios de la religion de mansedumbre que profesaban, y contrario tambien á los deseos del mismo Fructuoso á quien quisieran libertar. Limitáronse pues á gozar de su presencia hasta el último suspiro, agolpándose á su encuentro, pidiéndole su bendicion y dándose por muy dichoso el que podía tocar sus vestiduras ó estrechar alguna de sus venerables manos. Uno entre todos, en extremo compasivo, se abrió paso por entre los guardas y presentó al obispo una bebida aromática y confortante. Era aquel dia viernes y aun no habia llegado la hora de nona, por lo que el santo, rígido observador de la abstinencia, rechazó el vaso que le presentaban, diciendo con seriedad.

—Aun no es hora de quebrantar el ayuno:

Otro cristiano, llamado Felix, dijo al santo con todo fervor:

—Acordaos de mí, cuando esteis en la presencia de Dios.

—No solo de tí, contestó el prelado, sino de toda la iglesia cristiana, tan dilatada como es, desde el Oriente al Occidente. Llegados que fueron al lugar del suplicio y cuando Fructuoso estaba ya sentado en la funesta pira, volvió á decir á los fieles:

—Hermanos míos, tranquilizaos: no tengais pena por nosotros, porque estos preparativos que veis solo molestan por unos cortos instantes. En cuanto á vosotros, obispos católicos nunca os faltarán, y Dios nunca os abandonará, ni en esta vida, ni en la otra.

Dijo á tiempo que las llamas, elevándose por los costados de la pira, iban ya envolviendo el cuerpo de las victimas: abrasaron primero los cordeles con que tenian sujetas las manos, y entonces al través del ardiente velo que los rodeaba se pudo distinguir á los tres santos mártires, que levantaban sus manos y sus ojos al cielo ofreciendo al Señor su inmolation. En esta actitud tan religiosa rindieron el alma al Criador.

Los cristianos, que llenos de santo fervor envidiaban la muerte de Fructuoso y sus compañeros, sin dejar por eso de sentirla, se precipitaron sobre el sitio de la ejecucion, así que fué abandonado por los guardas, ansiosos de recoger alguna reliquia de los gloriosos mártires, cuyas almas habian subido al celeste empireo.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

EL PARIA.

(Continuacion).

INDOSTAN. PRODUCCIONES, USOS Y COSTUMBRES.

II.

A punto que penetraba yo en el recinto del jardin salia de la casa un jóven como de veinte y cinco á veinte y seis años de edad, cobrizo oscuro de color como los tamuls, pero bien formado y de estatura arrogante. Vino á mi encuentro y me dijo sin mostrar embarazo, y lo que es mas raro, sin manifestar la desconfianza innata de las razas indas:

—*Frangis* (1), sin duda habeis equivocado el camino, porque no á otra causa debo atribuir vuestra llegada á la casa de un desgraciado de cuya inmediacion huyen los hombres como de la peste. Sin embargo, si no temeis por la pureza del alma, entrad en la cabaña que os ofrece hospitalidad.

Su fisonomia aunque melancólica, era espresiva; su mirada firme, aunque dulce, y su palabra respetuosa viva y poética, contradecia su vestido que no constaba como el de todos los mas infelices mas que en un especie de faja dada dos ó tres vueltas por medio del cuerpo. Sus maneras carecian de ese carácter afeminado tímido, y hasta villano, que resalta en casi todos sus compatriotas.

Acepté con gusto su invitacion, porque sabia que nada tienen que temer los extranjeros de la hospitalidad ofrecida por un indio, cualquiera que sea su casta.

Asi que hube cobrado un poco de descanso me invitó á comer. Segun su costumbre teníamos que acomodarnos sentados en el suelo sobre esterillas de palma; yo me instalé lo mas cómodamente que me fué posible como aquel que tiene deseo de satisfacer su apetito, sin parar mientes de hacerlo con un hombre considerado como de raza proletaria, es decir, perteneciente á los sudras, lo que no hubiera practicado ningun indio, aunque le fuera la vida en su repugnancia. Mi amable patron manifestó al pronto titubear algun tanto, mas por último estendió otra esterilla próxima á la mia, aunque sin tocarla, lo cual queria decir que comia á mi lado y al mismo tiempo que yo, pero no conmigo. Despues de lavarse los pies, las manos y la boca, alzó con la mano izquierda los platos, que no eran otra cosa que hojas de plátano, y los bendijo con la derecha; pasó la mano dos veces por cima de ellos como quien osea las moscas con objeto de apartar las malignas influencias; separó su ofrenda á *Yama*, dios de los infiernos; otra á los cinco sentidos frotándose los ojos con agua; en seguida se puso á comer sirviéndose de los dedos, lo cual tuve yo tambien que practicar por ser desconocido en el Indostan el uso de la cuchara y tenedor.

Lo primero que me ofreció el indio en un medio coco fué agua de arroz, lo cual fué muy de mi gusto; bebimos tambien durante la comida *truchi*, que no es otra cosa que un compuesto de agua, polvo de tamarindo y jugo de cebolleta. Sirviome de comer lo que el llamaba *cangi*, especie de potage espeso compuesto de harina de arroz, manteca muy depurada y aromatizada con moseada y canela; despues un guisado muy estomacal y nutritivo de carnes de ave compuesto con leche, manteca y frutos de especies raras. Últimamente presentó cocos, y hasta una docena de frutas diferentes y esquisitas.

(1) Así llaman á los europeos.

Segun costumbre, guardamos el mas profundo silencio durante la comida; cuando acabamos fuimos á lavarnos las manos, la boca y la cara, en un arroyo de transparentes aguas que cruzaba el jardin y se perdia en el estanque. Entonces ya creí estar en el caso de permitirme dirigir algunas preguntas á mi huésped.

— Sois paria, ¿no es cierto? pregunté con cierta timidez; á lo menos pienso así, porque he visto alrededor de la casa huesos de animales, y solo los parias tengo entendido se atreven á comer carne de vaca y de aves.

— Así es, respondió suspirando y bajando modestamente los ojos.

— Sin embargo, he observado una cosa que me sorprende,

y es que cuando limpiabais el suelo donde habíamos de sentarnos para comer, guardabais la formalidad de disponerlo triangularmente, lo cual, segun he leído en los *Puranas* (4), solo pueden hacerlo los que pertenecen á la casta de los *chetris*.

El jóven dejó escapar una sonrisa melancólica antes de responder; en seguida me dijo:

— Entre los europeos está muy acreditada la especie de que tenemos una casta de parias, cuando realmente no contamos ninguna, clasificándonos solo en cuatro castas que son; los *brahmines*, ó de los ministros de la religion; la de los *chetris*, gobernadores ó gefes militares; los *veyas*, de los cultivadores y comerciantes, y los *sudras*, á la que



Un convite indio.

pertenecen los artesanos, criados, etc. Ningun indio puede salir de una casta para entrar en otra mas elevada; pero los pertenecientes á cualquiera de ellas pueden descender á la condicion de *paria*, es decir hombre sin casta, bastando para ello la mas leve infraccion de los preceptos religiosos.

El paria causa horror á todos, no tiene ley que le ampare; todos con él pueden tomarse la justicia por su mano; su contacto, el aire que respira, y hasta su presencia implica impureza; un brahmin ó un chetri pueden impunemente dar la muerte á un paria si este tiene la desgracia de tocarle con el codo al pasar. No le es permitido habitar en las ciudades, en las aldeas ni en las cercanías de los templos; no puede beber en las fuentes públicas, estando obligado ademas á señalar con huesos de animales el charco ó abrevadero en que se atreve á mitigar los rigores de la sed; no puede dedicarse á ningun trabajo honroso ó útil; no puede ser obrero, cargador,

ni guia; todo lo mas que le es permitido es limpiar inmundicias, ser sepulturero ó verdugo (3).

Para el paria no hay contrato civil, no puede vender, comprar ni adquirir terreno para construirse una cabaña; para él no existe el matrimonio, viéndose obligado á vivir como bruto con una muger paria como él, y sus hijos son parias tambien para siempre.

— A pesar de todo, vos sois hombre inteligente y superior á la condicion en que vivís; ¿cómo es que careceis de casta?

(1) Libros santos.

(2) En los arrozales de la costa de Malabar existen hombres sin casta, mas desgraciados aun que los parias; llámanlos *pulias*, á quien sus dominadores han reducido á la mas dura y odiosa esclavitud. Hoy día se ha dulcificado algo la suerte de los primeros, pues, en algunos puntos les es lícito dedicarse á los oficios de zapateros, cortadores y cortadores.

—Porque antes de ser paria, contestó, pertenecía á los chetris, es decir, á la clase mas privilegiada; mis antecesores descendian del sol, y yo podia aspirar hasta ser rajah (príncipe ó rey), si la suerte no lo dispusiera de otro modo; he sufrido el castigo mas horrible, la degradacion. Esta sentencia irrevocable, esta relegacion del seno de la patria separa al culpable de sus amigos y parientes con una barrera eterna.

—Entonces habeis tenido la desgracia de cometer algun gran crimen.

—No es necesario tanto para ser despojado de su rango; basta solo descuidar la observancia de ciertos ritos exteriores, comer en compañía de uno de casta inferior, contraer matri-

monio ó relaciones con muger de casta tambien inferior, comer manjares prohibidos ó dar muerte á un ciervo, elefante, insecto ó pájaro.

—¿Y en qué habeis incurrido de todo eso?

—En nada de lo que he dicho; nada mas que en no haber consentido me ahogaran en el Ganges, ó me devorara un codrilo.

—Pues si no es mas que eso, lo encuentro sumamente natural, y ahora mas que nunca picaís mi curiosidad á punto que os rogaria refirieseis algunos pormenores si no temiera pasar por indiscreto.

—Rajah franguis; seria ingrato á la bondad con que os dig-



Las asparas naciendo de las artesas.

nais tratar á un pobre paria si no accediese á vuestro deseo. Esta noche, despues que se haya ocultado el sol detras de las cimas del Gates de Patna, os contaré mi historia; entretanto acompañadme á considerar el partido que he logrado sacar de la soledad en que vivo.

Convine en ello y fuéme mostrando su bien cultivado jardín, del que unido á la caza, sacaba recursos para proveer á las necesidades de la vida.

—Los otros parias viven en chozas miserables que casi les abriga de la lluvia; yo, en medio de mi infortunio, conservaba un poco de oro que empleé en hacerme construir por otros de mi clase este modesto retiro. Yo mismo tuve que hacer de arquitecto, de albañil y carpintero, porque ningun sudra hubiera aceptado trabajo de mi mano por ningun estipendio.

Entrada ya la noche, despues de hacer la última comida

de las tres al dia que acostumbran, tendió unas esterillas de junco bajo el techado de la galeria, para sentarnos á disfrutar de la frescura de la noche; entonces le recordé la promesa de referirme su historia, la cual comenzó en estos términos:

—Como he dicho ya, pertenecía á la casta de los chetris; mi familia poseía grandes riquezas que, segun costumbre, guardaba ocultas en lugar muy retirado con objeto de sustraerlas á la rapacidad de los musulmanes, nuestros primeros vencedores. Mi nombre es Sacontala, y tengo un hermano que se llama Indrapramati; ambos recibimos una educacion religiosa, que por cierto hemos desaprovechado. Mi hermano tiene bastantes años mas que yo, y me ha profesado siempre gran cariño. Aun en la infancia se complacia en satisfacer todos mis caprichos de niño; yo gustaba mucho de

considerar los franguis cuyos trages y color me admiraban mucho, y mi hermano no tuvo inconveniente en llevarme á Calcuta cuantas veces quise; estas expediciones perdieron á ambos. La casualidad hizo entablásemos relacion con un sacerdote francés, que nos demostraba mucho afecto, lo cual nos lisongeaba porque conocíamos la superioridad de instruccion, y hasta de inteligencia, que tienen sobre nosotros los europeos.

Indrapramati sabe tanto como el brahmin mas instruido, y por lo mismo fué grande su admiracion al dar con un sacerdote europeo que sabia mas que él, de nuestros Vedas, de nuestra religion y ritos. Este hombre era un misionero que habia venido á Oriente con intento de convertir los indos á la religion cristiana, de cuyo empeño conoció tenia que desistir. En efecto, aun cuando consiguiera penetrar el alma de un indo de sus convicciones religiosas, jamás le hubiera arrancado una abjuracion que le relegaria de su casta á la condicion de paria, condicion mil veces peor que la muerte.

Recreábase mi hermano en iniciarme en la ley de nuestros padres, simplificando cuanto le era dable nuestra teología á fin de adaptar sus esplicaciones á la comprension de un niño.

Parabrahma, me decia, es el ser supremo, eterno, infinito, todopoderoso, y los demas dioses son sus ministros, sus criaturas, emanaciones de su esencia, que aparecen bajo formas diferentes para corregir á los malos, y proteger y recompensar á los buenos.

Absorto Parabrahma en la contemplacion de sí propio, resolvió un dia distribuir sus perfecciones entre seres capaces de sentimientos y felicidad. Desde luego creó tres espíritus celestes de un órden superior formando el *trimurti*. Uno de ellos se volvió contra el Criador, arrastrando en pos de sí otra porcion de genios y espíritus, y este los condenó á penas eternas. Por medio de la intercesion de los que habian sido fieles consiguieron se les sometiese á pruebas, para lo que Parabrahma creó quince globos de purificacion, entre los que ocupa el centro la tierra.

Creó en seguida y colocó en la tierra ochenta y nueve formas de cuerpos mortales, de los cuales los mas nobles y superiores son las de la vaca, la del hombre y la del mono. Los genios deben pasar por todas estas formas á fin de sujetarlos á todo género de males fisicos y morales; los que recorren los quince globos en la obediencia y en la práctica de los preceptos divinos recobran su primer estado de felicidad. Tal es el sistema de metempsicosis de los indos.

Tal es tambien el origen de la multitud de dioses y diosas, semidioses, genios, etc., que tenemos todos subordinados unos á otros; entre los que los hay buenos y malos, verificándose lo que en nuestra desgraciada tierra, que son mas escasos los buenos que los malos. Los dioses principales tienen su mansion celeste, de que son cortesanos los dioses inferiores.

Entre ellos se cuentan las *asparas*, niufas hermosísimas, que traen el mismo origen que la Venus de los griegos. Un dia los devas y los asuras, subalternos de *Indra* ó *Firmamento*, olvidaron su odio reciproco y se reunieron con la esperanza de hacer la *amrita* (especie de ambrosia), bebida celeste destinada esclusivamente á los dioses superiores. Para ello pusieron el mar entero en una artesa como las de batir manteca, y comenzaron á agitarla hasta que se formaron espumas. De estas nacieron las bellas asparas, y se pusieron á

bailar con tanta gracia y soltura, que los genios encantados de su obra olvidaron la amrita. Sin esto es de temer hubieran desecado el Océano.

Los *yakchas* son los guardianes fieles de los tesoros y riquezas, y los *kinarras*, que tienen cabeza de caballo, los músicos.

Ahora ya es ocasion de reanudar mi historia tomándola desde el momento en que comienzan mis desgracias, continuó el paria. Los brahmines de mi ciudad se escandalizaron de vernos frecuentar la compañía de un sacerdote franguis, y comenzaron sordamente sus persecuciones indisponiendonos con nuestra familia.

Teníamos una hermana cuyo marido no nos miraba de buen ojo, porque era muy avaro y no podia pensar sin disgusto mortal la necesidad de darnos la herencia que resultaria por muerte de nuestros parientes. Asi que trató de manejarse con tanta destreza, que consiguió nos tomase aversion nuestro padre y no quisiese ni aun vernos.

Consecuencia del disgusto que nos produjo este proceder, fué una aguda enfermedad que nos acometió, obligándonos á permanecer acostados, victimas de una gran fiebre; entonces nuestro cuñado vino á visitarnos acompañado de un brahmin y un médico ó *pandjancarera*, los cuales, bajo el pretexto de medicina, nos dieron á beber una pocion de hojas de cáñamo y opio que nos ocasionó un letargo muy parecido á la muerte.

Entonces el *pandjancarera* fué á buscar á mi padre, y pintándole nuestra situacion en trance desesperado, le aconsejó nos trasladara á orillas del Hugli con objeto de que las santas aguas procedentes del Ganges purificasen nuestras almas del pecado cometido tratando un franguis. Mi padre no dejó de manifestar al principio repugnancia, mas le decidió el brahmin anunciándole que si no accedía, nuestras almas pasarian como las almas de los parias á los *Rakchasas*, punto de partida de la trasmigracion, en vez de aposentarse en el cuerpo de una vaca, para en seguida reunirnos en el seno de Brahma. Esta consideracion y la creencia de que estábamos atacados de una enfermedad mortal, determinaron á mi padre. Consiguientemente nos trasladaron á ambos á la orilla del rio, y nos depositaron sobre la arena durante la baja marea. Los brahmines que nos escoltaban, y sobre todo mi caritativo cuñado, insistian por que nos arrojasen de hecho al medio del rio, pero mi padre se opuso y todos nos abandonaron.

(La continuacion en el número inmediato.)

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

TRADICION DEL SIGLO XV.

(Conclusion.)

III.

Por este tiempo el nunca bastante ponderado infante don Fernando estrechaba mas de cada dia el cerco de Antequera, que aunque hacia una resistencia heroica estaba próxima á sucumbir ante tan tenaz y esforzado caudillo. El rey moro de Granada Aben-Jusef, habia enviado en auxilio

de esta plaza á sus dos hermanos Ali y Amet al frente de cinco mil caballos y ochenta mil peones, pero fueron desbaratados por don Fernando, sin poder dar socorro ninguno á los sitiados. Entonces el rey moro trató de comprar con el dinero lo que no había podido conseguir con las armas, y resolvió enviar al niño rey don Juan una embajada pidiéndole treguas, y otra al infante haciéndole las mas magníficas promesas si levantaba el sitio de Antequera. Ambas embajadas iban acompañadas de magníficos presentes, y las dos necesitaban personas autorizadas y diestras, y para tratar con don Fernando nombró Aben-Jusef al alcaide de Torre-Bermeja. No tardó este en hacer los preparativos de tan importante viage, y recibidas las instrucciones de su rey, se despidió de su hija, y partió para el campamento del infante.

Quiso tambien la casualidad que Zorayda, aya de Ardana dejase el palacio por unos dias, y don Tello, que nada ignoraba, creyó llegada la ocasion de tener una entrevista con su amada, ó tal vez de realizar sus proyectos, si ella le amaba como él había creído. La misma noche en que Abenabó había partido para la embajada, aquel jóven lleno de amor y de esperanza trepó velozmente por el limonero, y se aproximó cuanto pudo á la ventana. No solo no temia aquella noche que la perra ladrara, sino que la escitaba haciendo algun ruido mas del necesario para que su inquietud llamase la atencion de la mora, y despertase. Lo consiguió en efecto, y entonces con voz casi imperceptible repitió desde las ramas del árbol Ardana, Ardana, soy tu amante.

La luna penetrando débilmente por entre las ramas del árbol derramaba por el aposento de la mora una luz escasa, pero apacible y misteriosa, que reflejando en los arabescos de sus paredes, en las franjas y bordados de oro de los almohadones le daban cierto aspecto sublime y encantador. Ardana, inquieta por el continuo ladrar de la perra, y avisada por la voz del jóven que había llegado á sus oídos, se levantaba de la cama cubriéndose con una finísima bata blanca, y se adelantaba hácia la ventana como un ángel rodeado de un ligero vapor aéreo. Al verla venir don Tello sintió latir fuertemente su corazón, y volvió á pronunciar el nombre de aquella hermosa muger, que iba á decidir de su suerte. No se sintió ella menos conmovida, al oír pronunciar su nombre, y al encontrarse en la ventana á su jardinero, al esclavo bajo cuyo tosco disfraz se ocultaba el mas apasionado caballero, el mas decidido y fino amante.

—Señora, le dijo, la vehemencia de mi pasión no me ha permitido esperar mas, vuestro padre y vuestra aya están ausentes, yo os amo con furor, con delirio, y creo que estais informada de mi nobleza, de mi posición, y de la pasión vehemente que ha encadenado mi alma. A esta pasión he sacrificado mi libertad, por ella soy vuestro esclavo, por ella estoy resuelto á morir antes que separarme de vos. Si este amor sin límites ha logrado penetrar hasta vuestro corazón, si habeis sentido algun cariño hácia este apasionado caballero, decidmelo, y habeis recompensado todas mis penas, me hareis el mas feliz de los hombres. Si es al contrario, preparad los tormentos mas atroces, la muerte mas cruel para un desdichado, que no desea mas que amaros ó morir.

—¡Por Alá! contestó Ardana, vos no habeis calculado lo imprudente de este paso; sabed que estais espuesto á perderlo todo. Todas las habitaciones que dan al jardín: están ocu-

padadas: de cualquiera de sus ventanas pueden veros, y uno solo que os haya conocido, uno solo que se lo dijese á mi padre, bastaria para que os matára sin remedio. Bajaos con silencio y retiraos al momento, no comprometais una empresa que tal vez está en mejor estado del que podeis calcular. Nada tengo que deciros; sé que aun que cristiano sois noble, bizarro y valiente; lo demas os lo han dicho mis ojos y lo sien te vuestro corazón. Tiempo llegará en que os manifieste cuanto aprecio el sacrificio que por mi habeis hecho, pero ahora retiraos, retiraos al momento. Temo por vos y por mí. ¡Oh Alá, protegedle! ¡Que no caiga bajo el furor de mi padre!

Estas últimas palabras de la mora fueron pronunciadas con tan viva emoción, manifestaban de un modo tan evidente el terror pánico de que estaba poseída, que don Tello no se atrevió á replicar. Sentia separarse del objeto de su amor, de cuyos lábios acababa de oír que era amado, y turbado con la alegría, deseoso de cumplir con presteza la orden que acababa de intimarle, perdió el equilibrio, se agarró á una rama demasiado débil, que desgajándose cayó con él al suelo, contra el que recibió un golpe mortal. La apasionada mora que lo había estado observando iba á dar un grito de dolor, pero aun tuvo fuerza para reprimirlo y ahogarlo dentro de sí. Su amante, su apasionado caballero, tal vez había dejado de existir. El temor y la esperanza la combatian á un mismo tiempo, sacaba el cuerpo de la ventana cuanto podia, para ver si lograba descubrirlo, y con una ansiedad inesplicable, deseaba sentir algun rumor, ó percibir algun quejido que la indicase que aun vivia. Pero en vano, el jóven había recibido un golpe tremendo en la cabeza, y yacia sin sentido al pie del limonero que había servido de escala á su amor.

Ardana entretanto sufría horriblemente; se hallaba en una perplejidad congijosa, y no acertaba lo que debía hacer. Si llamaba á sus criados para que le socorriesen, era descubrirle, y comprometer su honra y el secreto de su amor; si callaba se esponia á que su amante pereciese por falta de socorro, y si ella misma se aventuraba á ir en su auxilio y la descubrian, era como sentenciarle á una muerte tan cierta como cruel. Pero todo le parecia menos duro que abandonar-le en aquel estado, que dejarle perecer; ya iba á despertar al eunuco que guardaba la puerta de su cámara con el fin de sobornarle ó intimidarle para que la dejara bajar al jardín, cuando recordó una escalera lóbrega medio destruida y abandonada que desde su cuarto comunicaba con el jardín. ¡Bendito sea Alá! exclamó, y tomando un pomo de bálsamo, sin asustarse por la lobreguez de las bóvedas que tenía que cruzar, sin reparar ya en ningun peligro, bajó por la escalera oculta, y pocos momentos despues se hallaba de rodillas al lado de don Tello, que ninguna señal daba de vida. Entonces la apasionada mora aplicó el pomo á sus narices, tomó sus manos que estaban frias como el mármol, y viendo que no volvía, se sentó en el suelo, colocó sobre su seno la cabeza del esclavo, y regándole con su llanto le decia; ¡Ah luz resplandeciente de mis ojos, perla del amor, y emblema de nobles caballeros! ¡Ojalá jamás te hubiera conocido! ¡Ojalá nunca hubiera oído tu nombre, ni tú hubieras tenido noticia de esta infeliz que te ha quitado la vida! ¡Mas tu Ardana no tardará en seguirte! ¡Yo no podré sobrevivir despues de tu desgracia! Un ligero estremecimiento que le pareció percibir, la hizo concebir la esperanza de que aun vivia, y dudando si se habría engañado, acercó su boca á la del jóven, para percibir su aliento, como si quisi era recoger dentro de sí las

últimas respiraciones de su amor. El jóven que á esta sazón comenzaba á recobrar el sentido, medio articulaba palabras, de las que la mora solopudo percibir, Jesus, mi Dios, salvadla..... yo muero contento..... ella me amaba..... sea ella feliz..... y yo..... salvadla.



La mora no pudo contener entonces su alegría y como uera de sí estrechó contra su pecho virginal la cabeza dolorida del esclavo, exclamando con emocion: ¡Aun vive!... ¡Alá salvadle por mi amor! El movimiento, el nuevo dolor que le causó la presion y el eco de aquella voz tan suave, tan armoniosa al oido del jóven, acabaron de volverle el sentido, y tendiendo maquinalmente los brazos, como para buscar la persona que le hablaba, los enlazó en la delgada y flexible cintura de su amada.

—¡Ah! ¿quién sois? dijo estrechándola con ansia. ¿Quién sois que me habeis arrancado del poder de la muerte? ¿Y Ardana?....

—Callad, callad, le dijo poniéndole su delicada mano en la boca; no hableis por Alá mas que lo preciso. ¿Dónde, dónde teneis la herida? Tomad bálsamo, rasgad mis vestidos, curaos lo primero de todo. ¿Dónde sentis el dolor? Decídmelo, quiero curaros, necesito vuestra vida.

Don Tello que la habia ya reconocido, cuasi volvió á desmayarse de placer; su cabeza descansaba sobre aquel pecho cuya posesion era su ambicion toda; sus brazos ceñían aquel cuerpo, que era el idolo de sus sueños dorados; estaba en el

regazo de Ardana, y entonces se sintió tan feliz, que ningun dolor podia afectarle.

—Mi amor, mi ángel, la dijo, nada siento mas que un placer indefinible, no tengo herida ninguna; tranquilizaos, estoy bueno, enteramente bueno. He caido del árbol, pero nada me he hecho. Soy muy feliz; estoy á vuestro lado; he oido que necesitais de mi vida, y vedla aqui, disponed de ella.

—¿Podreis retiraros hasta vuestra habitacion sin mi auxilio?

—¡Ay! ¡separarme de vos! ¡tan pronto!.... Pero estoy bueno, miradlo, no siento ningun dolor; y se puso de pie con la agilidad y ligereza acostumbrada. Entonces Ardana estrechando fuertemente su mano le dijo:

—No volvais á subir en ese árbol fatal; aqui me vereis las noches que sea posible: acercaos con silencio que yo vendré á veros: ahora es preciso separarnos. Nada os queda que del sear, sabeis que os amo y os amo con delirio; lo demas os lo diré en otra ocasion.

La hija de Abenabó sin esperar á mas volvió á tomar la comunicacion secreta, y muy pronto estaba ya en su cuarto observando si alguno la habia sentido salir ó se habia apercibido de la escena del jardin. Cuando se convenció de que todo estaba en el mas profundo silencio dió gracias á Alá por haberla librado felizmente de tanto susto y apuro, y se volvió á su cama para entregarse á sus amorosas reflexiones.

Don Tello á su vez repuesto enteramente del atolondramiento del golpe y calmada algun tanto la agitacion que acababa de experimentar, cuando se vió solo en su habitacion le pareció haber despertado de un sueño delicioso, y se perdía su imaginacion en aquel mar de felicidad en que se habia hallado. Cayó de rodillas, cruzó las manos ante el pecho, y con un fervor inesplicable dió gracias á Dios y le suplicó que aquel amor, aquella pasion violenta que habia nacido en su pecho, la convirtiese en mayor honra suya haciendo que aquella alma tan pura, tan bella, tan escelente, le conociese, le amase y abrazase su religion. Esta idea santa unida á su ardiente amor le hicieron saborearse de antemano en las delicias del porvenir, y su imaginacion le pintaba á Ardana radiante de fé, de amor y de hermosura, arrodillada al pie de los altares, recibiendo el agua regeneradora del bautismo y uniéndose á él ante el os de misericordia con el vinculo indisoluble y santo del amor.

La luz del sol que comenzaba ya á dorar las mas elevadas copas de los árboles, le sacó de su enagenacion, para comenzar á contar con impaciencia los momentos que faltaban hasta la noche siguiente, en que debia volver á ver á su adorada mora.

No se hizo esta esperar mucho, pues apenas quedó en silencio todo el palacio, el apasionado jardinero la encontró á su lado, y le pareció mas hermosa, mas linda, mas encantadora que nunca. Difícil seria pintar todo lo que en aquel momento pensaron aquellos dos amantes. Mudos se contemplaron el uno al otro, y ambos leian en el interior de sus almas, y se contemplaban felices. Ardana fué la primera que con un interés y amabilidad suma le dijo:

—¿Estais enteramente bueno de la caida? ¿No ha tenido ninguna mala consecuencia aquel terrible golpe, que me hizo temer perderos para siempre?

—No, mi bien, antes por el contrario, bendigo esa casualidad. ¡Feliz caida, que me proporcionó ver tu alma compasiva y generosa, oir de tus lábios que me amabas!

—Si, tuve mucho miedo, sufrí muchísimo en aquellos momentos en que te creía muerto, pero gracias á Alá, ahora estoy tranquila, y quiero que me escuches. Solo en momentos de tanta turbacion para mí, en aquellos instantes en que hablaba el corazon, sin que la razon supiese lo que las palabras decían, pude manifestar tan de lleno la pasion que me abrasaba. Entonces no medité el peligro á que me esponia, entregando mi corazon, y poniéndome á discrecion de un hombre desconocido. Despues mi palabra, y la fé de caballero que habeis empeñado, me han decidido á venir aqui, pero para deciros..... ¡Ah! ¡Alá santo! No sé por qué tiemblo, por qué me estremezco.... yo no puedo....

Don Tello notó que Ardana se balanceaba y perdia el color; tomó su mano, y la encontró fria y temblorosa; miró sus hermosos ojos, y vió que derramaba abundantes lágrimas. Cayó entonces á sus pies, y llegando su mano á sus ardorosos lábios, la decia:

—¿Qué teneis, hermosa mia? ¿Quién puede asustaros? ¿No me teneis á vuestros pies dispuesto á perder mil vidas, á dejarme hacer menudos trozos antes que permitir que nadie os ofenda? Hablad, señora, hablad, desahogad vuestro corazon

La hermosa mora entonces, arrancó un suspiro de lo mas hondo de su pecho, y con voz entrecortada por el llanto le dijo:

—Si, es preciso hacer un esfuerzo, es indispensable decirlo. Don Tello, yo te amo con una pasion violenta, fuerte, inestinguible, pero un muro insuperable nos separa, dificultades inmensas se oponen á nuestra felicidad, yo no puedo ser tuya jamás.

—¿Y por qué no, ángel de mi vida? Si tú me amas, si tú has concebido como yo una pasion, sincera, decidida, ¿quién podrá separarnos? ¿Qué fuerza habrá en el mundo que me arranque de tus brazos?

—Tú mismo tal vez huirás de ellos cuando veas que nuestro amor es un imposible.

—¿Yo huir de tí? ¿Yo arredrarme por dificultades! No, Ardana, no me conoces, me verás morir esclavo tuyo, me hará pedazos tu padre; pero no abandonaré jamás una empresa en que está cifrada mi vida, mi tranquilidad, mi existencia. Si, mi existencia; porque yo vivo por tí, y no podría prolongar un momento mi vida separado de tu amor.

—Pronto, segun creo, cambiarás de language, y olvidarás esas promesas, que tanto me agradan, que tanto me envanecen. Ya sabes que nuestra creencia, nuestra religion es distinta ¿harás por mi amor el sacrificio de renunciar á la tuya, de abrazar la que yo profeso? Porque así, y solo así podrás conseguir que yo llegue á ser tuya. Mi padre, que es tan celoso de su religion como de su honra, jamás consentiria que yo me uniese á un cristiano, por mas que su alcurnia, su valor y sus riquezas escediesen á las tuyas. Pero me ama con delirio, y si tú abrazas el mahometismo, mi habilidad y mi ternura, y si esto no bastase, mis ruegos y mis lágrimas, alcanzarán que consienta en nuestra union.

—¡Ah hermosa Ardana! replicó el esclavo exalando un profundo suspiro, te amaria yo muy poco si adoptase el medio que me propones, que nos haria infelices, desgraciados, malditos eternamente á los dos. Yo que me enamoré de tus perfecciones materiales antes de conocerte, ¿habia de contribuir á que tu alma mil veces mas bella, más hermosa que tu cuerpo se perdiese?

No, bien mio; ahora te amo mas que nunca. Esa dificultad que has creído insuperable, la cuento ya vencida, no por mis fuerzas, sino por la gracia, por la omnipotencia del Dios que adoro, que al inspirarte amor hacia mí, no puede menos de haberte inspirado al mismo tiempo deseo de abrazar y seguir su religion santa. ¡Es su ley tan suave! ¡Es su religion tan dulce, tan fácil, tan análoga con la naturaleza, tan conforme con los sentimientos del corazon, que ella todo lo bendice, todo lo santifica, todo lo hace agradable, licito y bueno! Si tú llegas á reflexionar un momento, á comprender algo de esa ley divina, no lo dudo, la amarás entusiasmada, con mas pasion que ahora puedes concebir. Tu alma sublime y apasionada no puede menos de amar una religion, cuyo dogma todo se reduce á un solo precepto, y ese precepto es amar. ¡Qué hermosa es una religion en que todo es amor! Mira, linda Ardana, estas mismas protestas de cariño que hago á tus pies, esta pasion volcánica que he concebido por tí, el cielo la bendice y la toma bajo su amparo porque es honesta, y mi religion me la manda sostener y guardar bajo sus mas rigidos preceptos. Supuesto que me amas ¿desecharás una religion, que me prescribe amarte á ti sola, que me prohíbe no solo mirar con ojos lascivos, pero ni aun pensar en otra muger mas que en tí? Una religion que me manda abandonar á mis padres, mi patria, mis riquezas, cuanto poseo en el mundo antes que á tí, ¿podria repugnarte? ¡Qué diferencia con la tuya! Tu ley permite quebrantar las mas solemnnes promesas de amor; autoriza para abandonar mañana á la muger á quien hoy se la ha jurado una fidelidad eterna: y tú misma, mi querida Ardana, tú misma tienes el convencimiento de que llegarás tal vez á ser reina sultana, pero al siguiente te verás pospuesta á una esclava, menospreciada mas que la última de tus criadas, que ocupará tu lugar en el lecho nupcial. Mas la muger que legítimamente se une á un cristiano, jamás desciende del puesto que una vez llegó á ocupar; el precepto de la religion le sirve de escudo contra toda infidelidad, las leyes la defienden contra todo desman. Si una vez llegas á unirte á mí ante las aras del Dios de los cristianos, jamás, jamás serás perturbada en la posesion del amor que allí te juraré. Bien mio, ¿no sientes latir tu corazon, no sientes engrandecerse tu alma, crecer tu dignidad, enaltecerse tu mérito, solo en pensar en una religion tan buena, tan divina, que tanto se conforma con las emociones de tu corazon?

La mora habia escuchado á su esclavo con el mas profundo silencio, con la atencion mas reconcentrada; en su interior sentia ya una pugna entre las ideas que habia recibido en la infancia, y las nuevas nociones que acababa de darle su amante. Este habia sabido interesar á favor de la religion su orgullo y su amor, y sus palabras habian penetrado hasta el fondo de su alma como un rayo de luz á traves de las tinieblas de su creencia errada. Sin embargo, nada decisivo se atrevió á contestarle, solo notó que la entrevista se habia prolongado mas de lo que la prudencia le permitia, y ambos amantes se separaron, no sin darse repetidas muestras de cariño, y de reiterarse las mas solemnnes promesas de amor. Ardana llevaba bien que meditar con las reflexiones de su jardinerero; y este quedó lleno de esperanza de que la hermosa mora abrazaria el cristianismo, y seria por esta razon mas perfecta, mas digna del amor de un caballero cristiano.

IV.

El corpulento limonero que había sido causa de la peli-grosa caída de don Tello fué el único testigo de las entre-vistas de estos dos apasionadísimos amantes, que volvieron á reunirse junto á su tronco otras varias noches. En ellas, no solo se repitieron las demostraciones del mas puro amor, y los juramentos de una fidelidad inalterable, sino que el jóven andalúz consiguió que la linda mora se resolviese á abrazar a religion de Jesucristo, y á unirse para siempre con él. Mas para realizarlo, era necesario escaparse no solo de Torre-Bermeja, sino de todo el reino de Granada, burlando la vi-gilancia del padre y de todos los criados, y esto por mas proyectos que concibieron, por mas medidas que tomaron, les fué de todo punto imposible. Don Tello, cansado ya de esperar una ocasion favorable, propuso á Ardana, que le permitiese tener una entrevista con el judío Levi, y tal vez éste podría proporcionarles medios de realizar su fuga; mas ella le dijo, que no pensase para nada en el judío, á quien ella con todo intento había procurado no volver á ver, ni permitir que le viese, para que no pudiese calcular el estado en que se hallaba su amor; porque conviene no hacer á nadie participante de nuestro secreto, y mucho menos á un hombre avaro que todo lo sacrifica, que todo lo vende al interés. Es-peremos, añadió, en tu Dios, y en esa Señora tan buena, que tú dices que es su madre, y que tambien lo es nuestra, y ella nos abrirá camino seguro cuando menos lo pensemos.

En efecto, algunos dias habian pasado en esta cruel an-siedad, cuando Abenabó anunció á su hija que queria pasar una pequeña temporada en una magnífica casa de campo que poseia en las riberas del Genil, á corta distancia de Granada, y que llevaria consigo al esclavo jardinero, para que diri-giese algunas mejoras que pensaba hacer en aquella morada de recreo. Apenas podia disimular la hija del alcaide el pla-cer que le causó esta noticia, calculando que desde allí les seria mas facil ejecutar su proyecto, y huir á tierra de cris-tianos. Comunicó esta grata novedad á su amante, y los dos combinaron tan hábilmente el plan de fuga, que nadie llegó á concebir la mas mínima sospecha. La noche antes de la partida, los dos amantes se despidieron para no volverse á hablar hasta el momento de unirse para no separarse jamás, y al dia siguiente Abenabó salió para su casa de campo, lle-vando consigo á su hija y algunos esclavos y esclavas, entre los que el jardinero tenia ya alguna autoridad, por la mucha confianza que sus amos le manifestaban, y por su honradez, docilidad, y buenas prendas. De consiguiente, le fué muy fácil disponerlo todo segun las instrucciones que de Ardana tenia, y segun convenia á sus bien meditados planes.

Desde que habian llegado á la quinta, Don Tello todas las tardes sacaba á paseo y llevaba á bañar al Genil alguno de los caballos del rico alcaide, y volvía ya bastante entra-da la noche, con el pretexto de disfrutar el fresco de aquella fertilísima vega, cuyo aire embalsamado por las flores, y re-frescado por la proximidad de Sierra Nevada, hacen las no-ches de verano deliciosísimas. Nadie en la quinta estrañó estos paseos del esclavo jardinero, ni el dueño, que ya te-nia en él una completa confianza, fijó la atencion en esto, y aun preguntó cuando volvía. Tambien Ardana al comenzar la noche bajaba á pasear al jardín ó por las inmediaciones de la quinta, procurando dar ocupacion á sus esclavas, con ob-

eto de que se acostumbrasen á verla entrar y salir sola, ó notar el efecto que causaba en su padre. Ambos habian ob-servado cuidadosamente las palabras y movimientos de todos los de la casa, y singularmente los de Abenabó, y conven-cidos de que sus paseos no habian suscitado la mas leve sospecha, se resolvieron á ejecutar su proyecto, y convinie-ron en la hora y sitio.

Una de las últimas noches de agosto de 1410, el fingido esclavo teniendo del diestro el mejor caballo de Abenabó, pro-visto de algunos pocos comestibles, armado de un agudo pu-ñal que escondia en su cintura, y calzadas las espuelas, es-peraba en la ribera del Genil, no lejos del camino de Archi-dona. El tiempo le parecia que habia parado su curso, su co-razon latia con violencia, y se estremecia al menor ruido que sentia; su impaciencia crecia cada minuto que pasaba. Pero esta molesta inquietud no duró mucho. No bien cerró la no-che, cuando su hermosa mora cubierta de joyas de inesti-mable precio, estaba ya á su lado. El jóven lleno de valor la colocó sobre el caballo, saltó en él con ligereza, y á todo es-cape tomaron el camino de Archidona. Apenas se vió don Tello en el camino estrechando á su amada entre sus brazos exclamó lleno de confianza:

—¡Dios mio, salvadnos! ¡Ardana, ya eres mia, ya somos felices! ¡Ya nadie te podrá arrancar de mis brazos sin antes arrancarme la vida! Volemos á los reales de don Fernando, al lado del invencible caudillo de los cristianos, que si tene-mos la dicha de poder llegar á él, ya nadie puede ofender-nos. Valor, hermosa Ardana, el cielo vela por nuestro amor, él bendice nuestra union, pronto seremos completamente felices. La mora temblaba de miedo, se estremecia á la vi-sita de cualquier sombra, el menor ruido parecia helarle la sangre: pero no hablaba, agarrada fuertemente á su amante, solo daba señales de vida por los suspiros que de vez en cuando salian de su ahogado pecho.

Cuando el jóven amante, que habia hecho correr al caba-lo cuanto le habia sido posible, conoció que estaba demasia-do fatigado, y que continuando por el camino podria encon-trarse con alguna avanzada de los moros que defendian á Archidona, juzgó prudente internarse por la sierra, y continuar avanzando por fuera de camino mientras durase la noche. Allí les fué indispensable apearse, y Ardana apoyada en el brazo de su amante, lejos de mostrar fatiga ni quejarse de la aspereza del terreno, ágil como una gacela trepaba por las peñas, y rompía por entre la espesura con mas soltura que si pisase sobre las mullidas y preciosas alfombras de su palacio. La apacible luz de la aurora que dejaba ver sus to-ques de carmin en el hermoso azul del cielo, comenzó á ha-cerles mas fácil el camino; pero don Tello considerando la delicadeza de Ardana y su ninguna costumbre de caminar, la dijo:

—¡Mi hermosa virgen, ¡cuánto padeces por mi amor! ¡Es-tarás muy fatigada!

—No, no, me siento aun con muchas fuerzas; huyamos sin descanso, lleguemos de cualquier modo donde no pueda alcanzarnos mi padre, y en estando seguros descansaré. ¡Ah, qué desgraciados seremos si nos alcanza! Huyamos, huyamos.

—No, bien mio, no estés agitada, no tengas miedo: nadie sabe el camino que hemos tomado; llevamos una ventaja in-mensa, y ademas el caminar de dia podria hacernos traicion. Estamos aun en tierra de enemigos y si alguno nos viese po-dria detenernos y causar nuestra desgracia. Busquemos al-

gun escondite entre estas peñas, en él podremos pasar el día con seguridad; tú te repondrás de tanta fatiga como has sufrido, el caballo descansará, y á la noche, al amparo de la oscuridad, volveremos á tomar el camino mas allá de Archidona, y antes de amanecer, antes que otro nuevo sol alumbrase el hemisferio, tú estarás bajo la tienda del invencible don Fernando, bajo el amparo de su espada, terror de los musulmanes.

Convencieron á la mora tan poderosas reflexiones, y ambos amantes se entraron en una cueva, ocultando tambien el caballo lo mejor que les fué posible.

Nadie se habia apertibido en la quinta de la falta de la jóven mora, hasta ya muy avanzada la noche, que fué cuando su aya, viendo que no venia á recogerse á su habitacion, preguntó por ella á sus esclavas, que contestaron la habian visto paseando por las inmediaciones de la casa como tenia de costumbre. Las primeras diligencias fueron pacíficas, por que creyeron que se habria quedado dormida en el jardin; pero cuando la buscaron por todas partes inútilmente, cuando preguntaron á todos sin que nadie supiese dar razon, la escena cambió enteramente. Dieron parte á Abenabó de que su hija Ardana no parecia en toda la casa ni en sus inmediaciones, que habian preguntado á todos y nadie sabia cuándo ni cómo habia salido. El anciano alcaide comenzó á patear y mesarse las barbas; sus maldiciones y gritos no pueden ponderarse; salió precipitadamente de su habitacion, jurando prender fuego á la quinta y exterminar al aya y á todos los esclavos, si no le daban razon del paradero de Ardana, ó si esta no parecia. Mas apenas llegó á la habitacion de su hija, comprendió que se habia escapado; el desórden que en los muebles se notaba, la falta de las alhajas de mas valor, y de algunas otras cosas que ella tenia en mucha estima, le revelaron que su huida habia sido meditada y voluntaria. Se perdía en conjeturas el afligido padre sobre cual seria el motivo de tan inesperada y estraña determinacion, cuando vinieron á anunciarle que el esclavo jardinero habia desaparecido tambien. Entonces comprendió que aquel esclavo encubierto habia sido el raptor, el seductor de su hija, y bramando de cólera, pidió sus armas y su mejor caballo, y contestándole que tampoco estaba, gritó arrojando espuma por la boca; pues otro al momento; el perro cristiano no podrá escapárseme, registraré el reino entero y como le encuentre desgraciado de él! ¡Muy caro pagará su atrevimiento y su castigo será contado en las generaciones venideras como el mas horrible que han ejecutado los hombres.

Montó á caballo, y pocos minutos despues estaba en el palacio del rey moro de Granada, refiriéndole su desgracia y pidiéndole algunos ginetes para perseguir al raptor de su hija, y lavar con su sangre la afrenta que le causara, la mancha indeleble que arrojara sobre sus canas y antigua nobleza. Aben-Jusef le autorizó para que tomara cuantos soldados creyese necesarios, y antes de amanecer ya estaba en camino al frente de quinientos caballos escogidos: calculó con acierto que el fugitivo se habria dirigido con preferencia al real de don Fernando, por ser lo mas cerca y lo que ofrecia mas seguridad, y sin titubear tomó el camino de Antequera, resuelto á encontrar á su hija ó perecer en la demanda.

Mientras Abenabó, como un lobo hambriento, recorría el camino y sus inmediaciones, haciendo penetrar á sus ginetes en diversas direcciones por los bosques vecinos, entrando él mismo á registrar y reconocer los pueblos y caserios del

tránsito, y preguntando á cuantos encontraba, una partida de sus soldados seguía á todo escape el camino. Mas ni él pudo descubrir el mas ligero indicio, ni los ginetes que habian pasado de Archidona, y vuelto á encontrarle, trajeron noticia ninguna.

Los dos amantes habian pasado el día saboreándose en la futura felicidad que ya tocaban tan de cerca, y alternando las palabras y protestas de amor con las instrucciones que el cristiano caballero daba á su hermosa mora para prepararla á recibir el bautismo. La noche les anunció que era llegada la hora de concluir su empresa, y al momento se pusieron en marcha. La oscuridad aumentada por la sombra de los árboles y los peñascos, lo fragoso y desigual del piso, el caminar sin sendero ni guía en un terreno desconocido, y el temor de ser descubiertos les hacia detener á cada paso. Tan pronto el caballo dando un fuerte empuje retrocedia al borde de un precipicio, tan pronto se encontraban rodeados de piedras inaccesibles y malezas impenetrables. En proporcion á la tardanza, crecia la congoja y ansiedad en los dos amantes, pero los dos callaban. Los dos sufrían con valor para no desalentarse mutuamente. Todo el afán de don Tello era por salir cuanto antes al camino trillado, para poder soltar las riendas al caballo y ganar en poco tiempo, y sobre todo antes que amaneciese, el real de los cristianos. Lo logró despues de muchas fatigas y afanes, y no tardó en reconocer que se hallaba del otro lado de Archidona, porque descubrió á lo lejos como una enorme mancha negra destacada en el fondo oscuro del cielo y conoció que era la mole colosal de la Peña, que dista poco mas de una legua de Antequera. Entonces el valiente jóven, como si hubiera arrojado de sí un peso grande que le agoviara, respiró con libertad y apretando entre sus brazos á su hermosa compañera, metió las espuelas al caballo y la dijo:

—Valor, amor mio, nuestras fatigas y ansiedad tocan ya á su término. ¿Ves esa gran masa negra que se presenta á nuestra vista, es una Peña que solo dista una legua de Antequera. Allí tal vez encontraremos ya algunas avanzadas de ejército cristiano y tendrán feliz término nuestros males. Ya tu padre por mucho que se apresure no podrá alcanzarnos, ya no podrá oponerse á nuestra felicidad.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando Ardana que tenia un miedo horrible y que en todos los objetos creia descubrir á su padre ó á sus enviados, se agarró fuertemente al caballero y le dijo:

—¡Ay don Tello! ¿No notas cierto rumor lejano que parece un confuso tropel de caballos y voces?

—Nada temas, bien mio, será el ruido de las aguas que se precipitan del monte y corren por aquí cerea.

—No, no son aguas..... escuchad..... ¡Oh Alá nos valga! El ruido crece, se acerca..... ¿no lo ois?

En efecto, por mas que el jóven disimulaba y trataba de animar á Ardana, el ruido se hacia cada vez mas notable á sus espaldas, y no tardaron en oírse claramente los relinchos de los caballos y algunas voces confusas. Apretó las espuelas al suyo don Tello, pero estaba tan fatigado que no queria correr.

—¡Maldicion! exclamó el pobre jóven. El caballo está reventado, y este tropel viene ya tan cerca que nos van á alcanzar.

Redoblaba sus esfuerzos, espoleaba sin cesar, mas el caballo en lugar de salir á escape, contestaba á los relinchos que oia, y afanaba por volverse atrás.

—El caballo nos pierde, Ardana, es preciso abandonarlo; reanima tu valor, sigueme y la aspereza de esa peña nos salvará si son enemigos, ó nos dará lugar á reconocer si son cristianos. Sigueme pronto, el cielo nos salvará.

Abandonaron al momento el caballo y saliéndose del camino comenzaron á trepar por la peña á que dieron nombre estos desgraciados amantes. El caballo lo mismo que fué verse libre y sin carga, volvió grupas y partió á encontrarse con los que venian por el camino. En el momento de reunirse á ellos fué reconocido por Abenabó cuyos ojos brillaron de placer y asomó á sus labios una sonrisa infernal.

—Adelante, gritó con fiereza, los fugitivos están en nuestro poder, no pueden estar muy distantes, acaban de abandonar el caballo. ¡Ah vil y pérfido esclavo! ¡Pronto conocerás todo el valor de la ofensa que me has hecho por los horribles tormentos que te preparo!

Al llegar el furioso alcaide frente la peña se detuvo á considerar que tal vez los fugitivos habrían buscado en ella su salvacion, y mandó á sus soldados que practicasen un pronto reconocimiento. Comenzaba ya á rayar el día y los atribulados amantes que oían tan cerca las voces y amenazas de su bárbaro perseguidor, no sabian qué partido tomar. La delicada doncella enteramente cortada por el miedo, agotadas sus fuerzas por tanta y tan continuada fatiga, apenas podia sostenerse; pero apoyada en su amante hacia los mayores esfuerzos para ganar la cumbre, creyendo hallar en ella su salvacion. El atribulado jóven tan pronto juzgaba oportuno meterse en la hendidura de una peña, tan pronto se ocultaba en lo espeso de una mata, pero esto no le ofrecia seguridad ninguna. Otras veces empuñaba furioso su puñal para salir al encuentro de sus perseguidores, y abrirse paso ó morir; mas para esto tenia que abandonar á su querida Ardana, y además ¡qué era él solo contra la multitud que por todas partes le rodeaba! Por fin se decidió á subir á la cumbre con la esperanza, pues comenzaba ya á alborear, de descubrir desde ella algunas tropas cristianas y hacerles señas para que viniesen á salvarlos.

Sus mismos esfuerzos y la luz del día les hicieron traicion. Los soldados de Abenabó que discurrían en diferentes direcciones al rededor del gran peñasco, los descubrieron, y el grito fatal de aquí están, aquí están los fugitivos, corrió de unos en otros como una chispa eléctrica. El padre, ciego de cólera y sediento de venganza, corrió al lugar que le indicaron, mas conociendo que era imposible seguirlos á caballo en aquella aspereza, mandó echar pié á tierra, y que los ballesteros les disparasen flechas, mientras otros se preparaban á trepar por las peñas hasta alcanzarlos muertos ó vivos. Los desgraciados amantes habian entretanto ganado el pico mas alto de la peña; desde allí se descubria el deseado real del infante, y don Tello desplegó su pañuelo y lo agitó en el viento por espacio de algunos minutos. Mas luego calculando la distancia comprendió que era ya imposible salvarle, aunque le hubiesen visto y comprendido; el socorro no podia llegar á tiempo. Entonces reanimando todo su valor ya no trató mas que de vender cara su vida, y dirigiendo á Ardana sus ojos que brotaban sangre, la dijo:

—Bien mio, el cielo no ha querido oír mis súplicas y mis esfuerzos han sido inútiles. Al borde de la felicidad hemos encontrado el abismo; íbamos á abrazarla y hemos hallado la muerte. Tu padre te perdonará, y aun puedes ser feliz; pero no tendrá el placer de cogerme vivo. Don Tello de Aguilar

morirá peleando como caballero y conforme con la voluntad de Dios como cristiano.

Entonces comenzó á arrancar piedras, y situado en la punta de un risco á cuya espalda habia un precipicio horrible, esperaba con serenidad á los que por cualquier parte se le acercaban, disparándolas contra ellos con tanto acierto que algunos cayeron magullados ó muertos. ¡Pero que podia un hombre solo y sin armas contra tantos! A pesar de sus esfuerzos los soldados avanzaban por todas partes; el momento fatal estaba muy cerca, el valiente jóven iba ya á caer en manos de sus enemigos.

Entonces Ardana, como poseida de un nuevo espíritu, saltó ligera como un corzo sobre el risco, se colocó al lado de su amante, y estrechándole fuertemente entre sus brazos, le dijo:

—Animo, esposo mio, Ardana no volverá á ver á su padre. Ese hombre bárbaro no ha triunfado aun; yo te defenderé de sus manos, yo te colocaré donde no te alcanzará jamás. Sus fuerzas son bien débiles para lograr separarnos..... Yo no me separaré jamás de ti. Abrazame, valiente jóven.....

Don Tello que la habia escuchado con asombro, la estre-



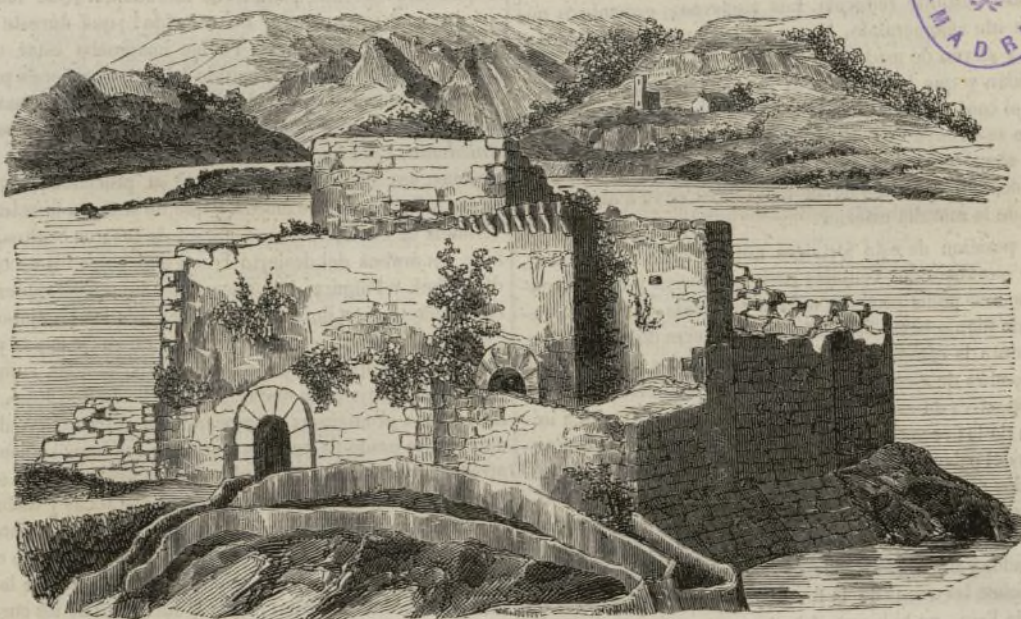
chó contra su pecho, y entonces ella haciendo un esfuerzo que el jóven no pudo resistir, se precipitó con él por la cortadura de la peña, y aquellos dos tan fieles como infortunados amantes, fueron rodando hasta lo mas profundo del valle, al que llegaron horrorosamente mutilados.

Abenabó que saboreándose anticipadamente en la venganza, se había colocado debajo del precipicio, para mejor ver desde allí la captura de su esclavo, cuando vió á su hija descender por los aires á estrellarse en el profundo, no pudo menos de lanzar un grito de horror, pero ya era tarde. Pocos momentos despues contemplaba á sus pies aquellos dos bellos jóvenes, víctimas del mas acendrado y casto amor, y la naturaleza le acusaba de haber sido causa de aquella desgracia. Sus ojos entonces vertieron amargas lágrimas de arrepentimiento y ternura, y estaba dando orden á sus soldados para que recogiesen sus restos magullados y llevarlos consigo, cuando vió venir sobre sí las tropas del infante don Fernan-

do, que avisadas por las señas del desdichado joven, se habían puesto en movimiento. Entonces no tuvo tiempo mas que para huir, maldiciéndose á sí mismo, y al llegar los cristianos encontraron los cadáveres de aquellos dos hermosos y jóvenes amantes, cuyos brazos fuertemente enlazados manifestaban aun despues de tan horrible muerte la vehemencia con que se habían amado. Allí mismo, debajo del precipicio los enteraron abrazados como estaban; un mismo sepulcro conservó unidos para siempre los restos de aquellos dos jóvenes, cuya desgracia dió nombre á aquel peñasco que aun hoy día se llama *la Peña de los Enamorados*.

JOSE QUEVEDO.

GALICIA MONUMENTAL Y PINTORESCA.



Vista del castillo de Rianjo tomada desde tierra.

Era una hermosa mañana del abril de 1845, y las convulsiones políticas que en aquellos angustiosos momentos agitaban á mi provincia, me conducían hácia la antigua *Pons Cesaris*, uno de los mas notables monumentos de construcción romana que se conservan en Galicia. El puente Cesures, como hoy se llama, es el embarcadero natural de los que quieran recorrer la ría de Arosa; ese rísueño mediterráneo de cuarenta leguas de costa, acaso la mas bella y la mas apacible de toda Europa. La suave y mansa corriente del Ulla arrastraba blandamente el pequeño barquichuelo que había fletado por una cantidad insignificante, y su débil movimiento me daba lugar á contemplar á todo mi sabor el espléndido paisaje de las dos orillas del río. Yo que he recorrido también las pintorescas márgenes del celebrado Guadalquivir, nunca temería establecer una competencia entre estas y aquellas, porque las galas de la naturaleza y la lozanía de la vegetación no son

patrimonio exclusivo del cálido sol de Andalucía. Al pasar las *Torres del Este*, otro recuerdo palpitante de la tardía y trabajosa dominación romana en Galicia, se nota el cambio repentino del agua dulce en salada, lo que nos advierte que el Ulla ha pagado ya el tributo de sus corrientes al Océano. Este se estiende como un estanque encerrado en un foso de verdura, y las numerosas isletas que le cubren, parecen esteras de algas flotando sobre las olas.

Yo me dirigía á Rianjo, población erigida sobre las playas de una ensenada que forma la ría hácia su parte mas oriental. Acababan de levantarse unas ráfagas de viento, que nos obligaban á virar mas de una vez antes de arribar al término de mi viage. En una de estas incómodas maniobras, me sentí impresionado repentinamente, por la magestuosa perspectiva de un castillo en ruinas que ante mi vista acababa de presentarse. Las espumosas olas batían con enojo sus poderosos



cimientos, blancos y completos como si acabaran de construirse, mientras que el aire, cada vez mas impetuoso, movia las aristas del cardo silvestre, y las afligranadas hojas del helecho que cubrian su cima, como una corona mortuoria. Pregunté á los marineros si podian desembarcarme á los pies de aquel edificio, y gustosos accedieron á mi demanda, supuesto les ahorra algunas mas maniobras antes de llegar al muelle de Rianjo, que sin embargo estaba por tierra á muy pocas toesas de distancia.

El edificio tiene su entrada por una puerta de construcción gótica y maciza, bastante bien conservada, y abierta en una pared de siete pies de ancho. Hay otra puerta igual á la primera que es la que daba entrada al interior del castillo, formando la primera con la segunda muralla un espacioso recinto que serviría de patio, ó como hoy diríamos, cuerpo de guardia para los encargados de la custodia de la fortaleza. En el interior se conservan las divisiones que formaban los varios departamentos, algunas escaleras de caracol, y aberturas destinadas á dar paso á la luz, si bien en cantidad bastante reducida. Los numerosos escombros que se han ido aglomerando, hacen subir el pavimento algunas varas y sirven de madriguera á infinidad de conejos que allí se anidan y que los cazadores de las inmediaciones van á cazar al caer del día. Cuando la marea está llena, casi todo el castillo se circuye de agua, menos por una lengüeta de tierra que sirve como de puente levadizo. Una honda cisterna, probablemente para uso de sus moradores, se ve á alguna distancia de la muralla exterior.

La posición de esta fortaleza militarmente considerada, ofrecia innumerables ventajas para la ofensiva y la resistencia. Por mar podia proteger toda la ensenada que se estiende desde Rianjo hasta Taragoño, y por tierra dominaba completamente la campiña que se estiende á sus plantas como una alfombra de esmeraldas. Ahora, si contemplamos la triste perspectiva de estas ruinas solemnes bajo la poética impresión de los recuerdos, creéremos ver los grandiosos fragmentos del palacio de Morven, y acaso sentir llegar á nuestros oídos el melancólico eco del amante de Malvina.

No creo se conserve en España otro monumento que pueda impresionar mas agradablemente que este el ánimo del observador y del filósofo. Si estos esqueletos yaciesen estendidos sobre las rocas de la Bretaña, ó entre las malezas de a verde Erin, no hubieran faltado poetas que cantasen sus pasadas glorias, ni pintores que trasmitiesen á la posteridad en sus fragmentos la efígie de otras edades. Pero en este pais es donde tal vez la costumbre de vegetar entre ruinas nos hace hollarlas con altivez y desprecio; era necesario que el mas humilde de los escritores de Galicia se encargase de dar vida histórica á un mutilado miembro del cuerpo feudal de la edad media.

No pasarán muchos años sin que la mano del hombre, mas impía y mas destructora que la del tiempo, llegue á borrar las últimas huellas de este precioso monumento, así como han sido borradas las de otros, tan necesarios para la inteligencia de la historia política de las sociedades que pasaron, como lo son para el conocimiento de los periodos geológicos del globo la conservación y estudio de los restos antediluvianos. Es muy posible que alguna de las trabajadas cornisas que aquí y allá yacen esparcidas, sirvan para completar la fábrica de algun horno de fundición de hierro, y que las prusas y larguissimas piedras del dintel del salon de armas, ocu-

pen la escalinata de un presbiterio al reedificar alguna capilla. Casi todo el moderno Rianjo está edificado con los fragmentos de su castillo. La mortaja de los muertos sirve para remendar las raidas ropas de los vivos. Una capilla, tambien en ruinas, que se observa á la entrada de la población, ha sido levantada *a cimentis* en el siglo XVII con la sillería de la antigua fortaleza. Así como los vencedores colgaban las armas de los vencidos en las paredes de los templos, tambien el Evangelio recogía para su casa los despojos de su triunfo sobre el feudalismo.

El castillo de Rianjo tiene dos historias, una popular y fantástica, otra erudita y amanerada. La primera la he recogido sentado al lado de un timonel, que al compás del monótono crujido de los remos, y escuchado por cuatro marineros mas jóvenes, si bien no menos crédulos, nos refería las terribles escenas que aquellas paredes presenciaron en los tiempos en que eran ocupadas por los moros, y que aun presencian cuando las vienen á visitar de cuando en cuando las sombras de sus primitivos moradores. ¡Qué fuerza de imaginación! ¡qué riqueza de colorido! ¡qué agreste naturalidad en las imágenes! Yo me imaginaba estar oyendo un cuento de Ossian trasmitido á las generaciones presentes por el murmullo de los bosques solitarios de *Lena*, y el bramido de las olas que baten las rocas descarnadas de la *Caledonia*. Para nuestras gentes del pueblo, no hay ruinas algunas, sea cualquiera la fecha de su procedencia, que no hayan sido palacios de moros, y que no sean en la actualidad vivienda de encantadores, ó abrigo de tesoros ocultos. Tambien los árabes del desierto creen que entre los escombros de Balbek y Palmira, hay encerradas inmensas riquezas, de cuyo secreto eran únicamente poseedores los cristianos.

Para los labradores que trabajan en sus campos y para los marineros que pescan en sus costas, son las ruinas del castillo de Rianjo en la maravillosa noche de San Juan, teatro de las mas prodigiosas y sorprendentes escenas. Nadie, ni aun el mas osado de cuantos moran en sus inmediaciones, se atrevería por cuanto tiene el mundo á asistir á este sábado preñado de fantasmas y de hechiceros con tocas y turbantes.

La segunda historia de la fortaleza de Rianjo, si gana mucho en verdad, pierde otro tanto en poesía. El polvo de los códices tanto seca la imaginación como las manos de los que lo registran. Este castillo, segun la autoridad de los curiosos, ha pertenecido á los caballeros del Temple, que tanto poder é influencia tuvieron en Galicia durante los mas floridos periodos de su dominación. Suprimida esta orden por Clemente V. en el concilio Vienense, en 1314, en vista de los enormes crímenes que les imputaban, distribuyeron los reyes de España las posesiones y edificios que habian pertenecido á la comunidad estinguida, entre los mas fieles servidores de su nobleza.

El palacio que ahora nos ocupa pasó á la casa de los condes de Oñate, sus actuales poseedores. Hoy por unos ochenta reales anuales, se toma como en arriendo para beneficiar la inmensa piedra, labrada ya, de que constan sus ruinas hacinadas. Esta circunstancia es la que me hace temer llegue á desaparecer dentro de algunos años *o Pazo de Rianxo*, y la que me obliga á consagrarle la viñeta que obra á la cabeza de este artículo, y los desaliñados renglones que la siguen.

J. R. FIGUEROA

LA CRUZ.

Canto la cruz, ¡qué se despierte el mundo!
 ¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
 ¡Que calle el universo á mis acentos
 Con silencio profundo!
 ¡Y tú, Supremo Autor de la armonía,
 Que das sonido al mar, al viento, al ave,
 Presta viril vigor á la voz mía
 Y en torrentes de austérra poesía
 El poder de tu Cruz deja que alabe!

● Tiembla la tierra, se conmueve el cielo
 De este nombre al lanzar éco infinito,
 Que aterroriza al inmortal precito
 En su mansion de duelo!
 ¡Canto la Cruz! el Angel de rodillas
 Postra á tal voz la inmaculada frente,
 Tú, escelso Querubin, tu ciencia humillas,
 Y del amor las altas maravillas
 Absorto adora el serafín ardiente

¡Alzad, alzad vuestro pendon de gloria,
 Oh de la fé sublimes campeones!
 ¡Alzadlo, y á su sombra las naciones
 Cantarán su victoria!
 Alzadlo, que el clamor no le amedrenta
 Que exhalen de impiedad negros vestiglos....
 ¡Sangre de un Dios por púrpura presenta,
 Y por sagrado pedestal se asienta
 En la cerviz de diez nueve siglos!

¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
 Ante la cual temblaron las montañas,
 La tumba abrió sus lóbreas entrañas,
 Se quebrantó la peña!..
 Viéndola el Sol, del Gólgota en la cumbre,
 Lecho de muerte al hijo del Eterno,
 Veló asombrado la fulgente lumbre;
 Y al ver cesar la antigua servidumbre
 De la culpa de Adán, rugió el infierno.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio
 A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
 Los dioses del antiguo paganismo,
 Desde su olimpo egrégio!..
 Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente,
 Como emblema de triunfo, Constantino,
 Sobre el cesáreo lauro de su frente,
 Las águilas de Roma armipotente
 Párias rindiendo al lábaro divino.

¡Alzadlo cual lo vió, firme, constante,
 Mas fuerte que las haces de los reyes,
 Entre escombros de pueblos y de leyes
 El bárbaro triunfante!
 Holló de sus bridones con las plantas
 El esplendor de Europa, envejecido
 En tantas lides, en bazañas tantas;
 Mas de esa Cruz ante las áras santas
 El ruego al vencedor dictó el vencido!

¡Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
 A ennoblecer bajo su blando yugo
 El que al destino descargar le plugo
 De América en el cuello!
 Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario,
 Que tan pronto derroca como encumbra,
 No es ya de un mundo el otro tributario...
 ¡Mas inmutable al signo del Calvario
 El sol del Inca y del Azteca alumbró!

¡Alzadlo, que su apoyo necesita
 La vacilante humanidad! ¡Dó quiera
 No la veis á la vez medrosa y fiera
 Cuan incierta se agita?...
 Su audaz anhelo á su flaqueza espanta,
 Y arrastrada por vértigo profundo,
 En convulsiones su vigor quebranta,
 Hoy abatiendo lo que ayer levanta
 E inutilmente estremeciendo al mundo.

¡Alzad la Cruz que el porvenir encierra
 De esa infinita multitud! Sus brazos,
 Que solo brindan fraternales lazos,
 Afirmarán la tierra!
 ¡Alzad la Cruz que de la especie humana
 Vincula los destinos en su nombre...!
 ¡Alzad la cruz de donde el bien emana,
 Y dó se ostenta en acta soberana
 La verdadera libertad del hombre!

Aunque entre sangré se presenta adusta
 La paz sustenta y al amor anida:
 Instrumento de muerte engendra vida,
 Y es luz su sombra augusta.
 Dique opone al poder y lo afianza;
 El débil se hace fuerte de ella armado;
 Por ella sola la igualdad se alcanza,
 Que de sus brazos la eternal balanza
 Pesa á la par el cetro y el cayado.

